

Jakob Streit

Columbano



Columbano



Jakob Streit



Impreso gracias a Waldorf Curriculum Fund

Publicado por:

Waldorf Publications at the
Research Institute for Waldorf Education
38 Main Street
Chatham, NY 12037

Título: Columbano

Autor: Jakob Streit

Editor: David Mitchell

Ilustradora: Christiane Lesch

Traductora: Rocío Sánchez Lajarín

Diseñadora gráfica: Ann Erwin

Inglés © 2010 por AWSNA

ISBN# 978-1-936367-01-6

Español © 2017 por Waldorf Publications

ISBN# 978-1-936367-39-9



Índice

Crimthan recibe una visita	5
El extraño pergamino	8
La llegada al monasterio	10
El regreso de padre	14
El alfabeto en siete días	16
Otoño e invierno en el monasterio	18
El bardo ve cosas imperceptibles a nuestros ojos.	21
¡Qué desaparezca la joroba!	27
El relámpago mortal	28
¿Debo convertirme en cura?	32
Viaje hacia Iona.	35
Colum y Colum-Cill	37
Las pequeñas maravillas de Iona	40
Aventuras en la isla de Staffa.	42
La despedida de Iona	47
En el monasterio de Bangor	49
Una llama prende en mi interior	58
La travesía hacia Franconia	60
Recorriendo Franconia	63
Encuentro con un cura de Franconia	64
Con el obispo Gregorio.	67
Visita a la iglesia de San Martín	70
El consejo del rey Gontrán	71

Las intrigas de Brunegilda	74
Columbano pide consejo a los hermanos	78
Columbano en la prisión de Besançon.	81
Destierro de Luxeuil	83
La calurosa bienvenida del rey Teodoberto.	87
Remar contra viento y marea en plena tormenta	90
Un sueño revelador bajo el roble	92
Un gran regalo.	94
Sucedió un 25 de noviembre.	97
<i>In Stiller Nacht</i>	99



Crimthan recibe una visita

Desde la torre del castillo de la familia MacFetim, resonó una voz de mujer que pudo oírse hasta en el jardín. “¡Crimthan, ven aquí! Nuestro invitado llegará enseguida.” Crimthan, un niño de siete años, estaba arrodillado bajo un roble mientras alimentaba a una paloma de color gris y marrón que picoteaba trocitos de nuez de su mano, había conseguido domesticarla y la paloma se había encariñado con él. Para no asustarla, Crimthan prefirió no responder. De nuevo, una voz resonó desde la torre, esta vez con más insistencia: “Crimthan, ¿me has oído? ¡Contéstame!”

El pequeño tiró al suelo el resto de trocitos de nuez y la paloma revoloteó mientras picoteaba con afán. Entonces, dirigió la mirada hacia la torre y gritó: “¡Ya voy, madre!” Se sacudió rápidamente la tierra de las rodillas y desapareció por la estrecha puerta del jardín hacia la torre.

Cuando Crimthan entró, su madre le puso una túnica limpia de lino sobre la camisa y, mientras le vestía, decía: “Ve y lávate las manos, ¡las tienes cubiertas de tierra! Tu padre vendrá de un momento a otro con el monje. Ya los he visto por el límite del bosque. El monje será tu profesor, así que deberás recibirle con las manos limpias. ¡Vamos, date prisa! ¡Ya oigo los caballos!”

Una doncella ya había puesto la mesa de la habitación abovedada. El olor de la carne asada que provenía de la cocina inundaba la estancia. Crimthan podía oír los pasos que subían por la escalera de piedra, tenía curiosidad por saber qué clase de profesor iba a tener.



Madre les esperaba en la puerta principal. En cuanto llegaron, padre tomó a Crimthan en sus brazos con alegría. “¡Aquí está mi pequeño monstruito!” le dijo al monje. “Podría llegar a ser un consumado jinete algún día. Sin embargo, por ahora, prefiere alimentar a las palomas y silbar como si de un pájaro se tratase.”

Crimthan observó con timidez los pies del monje. Llevaba algo parecido a unos zapatos pero sus dedos sobresalían por la parte delantera. Un joven de mirada amable, vestido con un hábito blanco, le sonrió y le miró fijamente con unos brillantes ojos azules.

“¡Dale la mano!” dijo su padre riendo. Crimthan dudaba si extender su mano derecha, y el monje Wendelin lo estrechó entre sus brazos, le apretó con fuerza durante un instante y le dijo: “Mi querido Crimthan, he oído que te gustaría aprender a leer y escribir. Nos vamos a divertir mucho juntos.”

Las manos cálidas del monje le inspiraron confianza, y le preguntó: “¿También tenéis palomas en el monasterio?”

“Crimthan está obsesionado con las palomas. De hecho ya ha domesticado unas cuantas,” dijo su madre riendo.

“Hay muchas palomas blancas en el monasterio, podrías alimentarlas cada día. Cuando pierden las plumas grandes, las usamos para escribir,” respondió Wendelin.

Ahora Crimthan estaba convencido de que quería ir al monasterio de las palomas. Padre entregó a su hijo en brazos de Wendelin que dejó que Crimthan se deslizase hasta quedarse de pie. Madre llamó a todos a la mesa. Dado que ya caía la noche, dos velas adornaban la mesa. La doncella sirvió la comida y la bebida y todos se sentaron para disfrutar de la comida.



El extraño pergamino

Durante la cena Crimthan observó cómo se comportaba su profesor, la forma considerada en la que cogía un trozo de pan o cómo llevaba la copa a su boca. De vez en cuando Wendelin le sonreía y sus ojos brillaban. A Crimthan le gustó y se acordó otra vez de las palomas blancas del monasterio. De repente, preguntó: “¿Hay también avellanos en el monasterio de las palomas?”

“Pronto llegará el otoño y madurarán los cientos de arbustos que rodean el prado de las vacas. Podrías llenar unos cuantos sacos a rebosar,” respondió Wendelin.

Después de la cena, se sentaron en una zona de la sala abovedada a la luz de una vela. Wendelin abrió su bolsa de piel y desenrolló un pergamino escrito. Crimthan estaba sorprendido por los extraños símbolos que aparecían en negro y rojo. ¿Qué significaban? ¿Qué secretos encerraban? Debido al entusiasmo, la sangre se le subió a la cabeza. Wendelin puso su dedo índice en el pergamino y leyó con una voz musical:

*En el principio Dios creó el cielo y la tierra
Y Dios dijo: Hágase la luz
Y hubo luz.*

Crimthan observó en un primer momento cómo hablaba Wendelin, y entonces volvió a fijarse en los símbolos del pergamino. No entendía sobre que trataban aquellas palabras, pero vio que madre

y padre escuchaban en silencio. Wendelin enrolló el pergamino y le dijo a Crimthan: “Si te esfuerzas en aprender, y solo alimentas a las palomas en tu tiempo libre, dentro de un año tú también serás capaz de leer. “

Cuando madre acostaba Crimthan en la cama, éste se dio cuenta de que tenía los ojos empapados en lágrimas. “Cariño, mañana emprenderás un largo camino con el padre Wendelin para comenzar tus estudios en la escuela del monasterio. Wendelin será como un segundo padre para ti.”

“¿Tendré una segunda madre en el monasterio también?”

“No, en el monasterio solo hay monjes, pero hay otros niños en la escuela que aprenderán a leer y escribir como tú. Ya verás como harás amigos allí, y cuando el invierno termine, padre te traerá de regreso, y te quedarás durante algún tiempo con nosotros otra vez.”

Crimthan no pudo dormir durante un buen rato, no sabía cómo sentirse. ¿Debería llorar? ¿Debería estar contento? Las letras del pergamino bailaron ante sus ojos. Una paloma voló y picoteó de su mano. Wendelin le ofreció una mirada amable. Cuando Crimthan se quedaba durmiendo, susurró: “¡Estoy feliz!”



La llegada al monasterio

A la mañana siguiente, su madre lo abrazó y le metió una cajita en el bolsillo. “Dentro hay un mechón de mi cabello,” musitó. “Si nos echas de menos, apriétalo fuerte contra tu corazón y estaré contigo.”

Wendelin ya estaba sentado a lomos de un caballo gris. Padre aupó a su hijo para sentarlo también al suyo. “¡Agárrate fuerte a las crines!” le instó su padre. Crimthan se puso detrás, en la montura. Tras un último adiós, se marcharon al paso avivado de los caballos. Crimthan se sujetó a las rodillas de su padre con ambas manos, las crines al viento del caballo abanicaban su cara. Mientras los granjeros que trabajan en los campos se despedían de Lord MacFetim, Crimthan pensó que montar en caballo con padre era lo mejor del mundo.

Llegaron al monasterio al caer la tarde. Crimthan permaneció alerta buscando palomas blancas. Efectivamente, pudo observar a dos de ellas posadas en el tejado del monasterio, que arrullaron bajito. *Están dándome la bienvenida,* pensó.

“Dado que tiene que regresar mañana por la mañana, Crimthan podría quedarse con usted esta noche. Pronto tocarán las campanas para ir a cenar,” le dijo Wendelin a Lord MacFetim. Así, Wendelin le entregó los caballos a un hermano del monasterio para que se ocupara de ellos y les mostró su habitación. En ese instante sonaron las campanas, la cena estaba servida.

Cuando padre e hijo entraron en el comedor, todos los monjes estaban sentados, inmóviles y en silencio, alrededor de una enorme mesa. Los estudiantes fueron incorporándose, primero los más

jóvenes, luego los mayores. Todos vestían con túnicas blancas con correas de cuero. Wendelin cogió de la mano a Crimthan y le llevó junto con el chico más joven. En cambio, al padre de Crimthan le reservaron un sitio en la mesa del abad.

Cuando dieron la señal, todo el mundo se dio la mano y comenzaron a entonar un breve canto, después, se sentaron en los bancos. Apenas se escuchaba una palabra. En la mesa, había una taza de leche para cada persona, y cucharas de madera para comerse las gachas servidas en cuencos. Crimthan no tenía cuchara. El chico que estaba sentado a su izquierda se dio cuenta y le ofreció la suya al recién llegado. “Podemos compartirla, me llamo Wando.”

De esta forma, durante la cena, la cuchara pasaba de uno a otro, aquello a Crimthan le pareció divertido. Se bebió la leche con avidez porque había llegado sediento del largo camino a caballo.



Tras la cena, todos los presentes alrededor de la mesa se pusieron en pie y recitaron palabras de agradecimiento. Los monjes abandonaron el comedor de dos en dos, y luego lo hicieron los demás. “Ahora nos dirigimos a la iglesia,” murmuró Wando.

Wando quería ir junto a Crimthan, pero Wendelin se dirigió a él y le dijo: “Como eres el recién llegado, el abad quiere darte la bienvenida. Se trata de nuestro padre espiritual, cuando te dé la mano, acércala a tu frente con una reverencia.”

Así lo hizo, Crimthan nunca había visto a un hombre tan mayor con una barba tan larga y gris. “¿Qué te gustaría hacer en el monasterio?” preguntó el abad con voz amable.

“Aprender a escribir y alimentar a las palomas blancas,” respondió Crimthan con aire despreocupado. Crimthan no se imaginaba porque el hombre de la barba gris empezó a reír y a darle palmaditas en la espalda. Le dio la mano a su padre, y a continuación Wendelin se marchó junto con el abad tras un montón de gente hasta llegar a una gran iglesia, construida enteramente de madera. La estancia era oscura y apenas estaba iluminada por una luz tenue. Justo cuando entraban, el coro comenzó a cantar. Crimthan, su padre y Wendelin fueron los últimos en hacerlo y se quedaron junto a las puertas. El abad caminaba delante de una gran cruz de piedra adornada con anillos de piedras preciosas en cada extremo.

El coro seguía cantando, en algunas ocasiones solo se escuchaban las voces graves de los hombres, y otras se intercalaban con las voces limpias y agudas de los más jóvenes. Padre aupó a Crimthan, que observaba cómo el resto de chicos cantaba, encendía velas y daba vueltas alrededor de la cruz. A Crimthan todo aquello le parecía maravilloso, y pensó: *¡ojalá madre viera esto!*

Los canticos fueron remitiendo hasta quedar en silencio. El abad dio una breve bendición, y todo el mundo se marchó en silencio hasta sus cuartos.

De vuelta en su habitación, padre arropó a su hijo con una manta de lana. “Querido Crimthan, creo que vas a estudiar mucho en la escuela del monasterio así que algún día podrías llegar a ser un buen escribano en la corte del rey.”

“Sí, padre, lo haré. Y ya tengo un amigo con el que compartir cuchara.” Su padre le preguntó a qué se refería con esa amistad tan curiosa. Entonces Crimthan le explicó cómo se había comido las gachas con Wando. Mientras charlaban, se dio cuenta de que su padre se había quedado durmiendo. Entonces sacó de su bolsillo la cajita de su madre y la apretó contra su frente, el pecho y los labios. Casi dormido, vio luces dispersas dando vueltas alrededor de la gran cruz, además de notas de canciones que planeaban sobre él hasta que consiguió quedarse dormido.



El regreso de padre

Tras un arduo día de viaje, Wendelin permitió que Knight MacFetim y su hijo durmieran hasta tarde. Para cuando MacFetim apareció con Crimthan, tanto los chicos como los monjes ya llevaban mucho tiempo con sus tareas. Algunos de los monjes trabajaban en el scriptorium, y otros en el campo, llevando las vacas al prado. Después de un humilde desayuno, Wendelin se ofreció a enseñarles el monasterio. Para Crimthan, el scriptorium era especialmente apasionante, ya que era allí donde los monjes escribían y dibujaban usando diferentes tipos de plumas de paloma y de ganso. “¿Cuánto tardas en escribir una cara de un pergamino? ¿Y por qué escribes letras de colores grandes y luego otras pequeñas?” preguntó Crimthan sin titubear a uno de los monjes.

“Estoy escribiendo sobre la vida de Jesucristo,” le contestó el hermano con la mirada atónita esbozando una sonrisa. “Son las Sagradas Escrituras. Las letras grandes deberían brillar con todo su esplendor... ¡Tardo dos semanas en acabar una página!” A continuación, el hermano le dio una pluma de paloma. A Crimthan le dejaron que escribiera con ella e hiciera garabatos en un pequeño trozo de pergamino. “Cuando te enseñen el alfabeto en la escuela del monasterio,” prosiguió el monje, “te daré un trozo de pergamino. Así podrías escribirle una carta a tu madre.” De repente, algo se encendió en el interior de Crimthan, ¡tenía que aprender a escribir lo antes posible!

Un joven monje estaba esperando en el patio del monasterio con el caballo de Knight MacFetim, le habían dado agua y un poco de avena para comer. En el desayuno, Crimthan se guardó un trozo de pan en el bolsillo, y mientras que padre se despedía del abad, Crimthan se dirigió al pozo donde unas cuantas palomas se arremolinaban para beber agua. Se acercó a ellas, y les tiró unas cuantas migajas, guardándose el resto en la mano. Una de las palomas más confiadas se posó sobre su brazo y empezó a picotear de su mano. En ese momento, Wendelin y padre entraron al patio. Cuando MacFetim observó la escena, pensó que su hijo ya estaba en casa.

Crimthan se apresuró corriendo hasta su padre, lo abrazó, y cuando este estaba sentado en el caballo, su hijo le entregó una pluma blanca de paloma. “Padre, ¡entregale esto a madre de mi parte!” La pluma desapareció entre los pliegues de la túnica de cuero de su padre, quien se despidió. Crimthan observó cómo el caballo se alejaba, galopando hasta la puerta principal. Solo entonces, en aquel momento, sus ojos se cubrieron de lágrimas. Dos brazos le envolvieron por detrás, y así pudo secarse las lágrimas con la capucha del hábito de Wendelin.



El alfabeto en siete días

Cuando ambos llegaron hasta el edificio donde se encontraba la escuela del monasterio, Wendelin comenzó a hablar. “Mi querido Crimthan, cuando vi cómo una paloma blanca se acercaba a comer de tu mano, pensé que, a partir de ahora, en el monasterio podríamos llamarte Colum. Así que si te parece bien, te presentaré con ese nombre a tus compañeros.” Crimthan asintió, para él, todo lo que Wendelin hiciera le parecía buena idea.

Al entrar en la clase de los más pequeños, se escucharon murmullos y susurros que sonaban como el zumbido de las abejas. Algunos escribían y dibujaban con lápices en pizarras, y otros parecían musitar entre dientes como si intentaran memorizar los versículos de un pergamino.

Wendelin se acercó hasta el profesor, que estaba sentado en su mesa, este pidió silencio y en voz alta, presentó al nuevo alumno. “Os traigo a un nuevo compañero, se llama Colum, y llegó ayer después de un largo viaje. ¿Seréis buenos hermanos para Colum?”

Un montón de voces respondió al unísono: “¡Vamos a ser buenos hermanos para Colum!” De esa forma, Colum pasó a formar parte de la comunidad.

“¿Podría Colum sentarse a mi lado?” preguntó Wando rápidamente. ¡Nos conocimos ayer por la tarde mientras cenábamos!” Wendelin asintió, y Waldo acompañó a Colum hasta su asiento, mientras los demás seguían con su trabajo.

“Wando, tú llevas aquí ya dos años,” dijo Wendelin mientras le daba a Colum material para escribir. “Te sabes los números y las letras. Enseña a Colum a escribir, ¡pero no alces demasiado la voz!” Si consigue aprender en una semana, Colum podría leer y escribir el alfabeto entero, ya que parece más que dispuesto a aprender.



Otoño e invierno en el monasterio

Wando y Colum se hicieron inseparables. Wando que era el mayor, estaba sorprendido por cómo progresaba Colum al leer y escribir. Tras solo un par de semanas, era capaz de memorizar palabras en latín, y también comenzó a cantar en la iglesia. Wendelin, el profesor de latín, estaba contento por el entusiasmo que ambos mostraban en aprender.

Un día Wendelin trajo un rollo de pergamino y dijo: “Lo que está escrito en estas páginas procede de Tierra Santa y lo han traído hasta Irlanda a través de un largo viaje en barco. En los monasterios de estas tierras, se han hecho hasta cien copias del Evangelio de Mateo. En esas páginas, se describe cómo los tres Reyes Magos siguieron una estrella que les guió hasta Belén para honrar con presentes el nacimiento de Jesús. En nuestro *scriptorium*, los estudiantes más mayores han recogido por escrito en latín, la historia de los Reyes Magos para vosotros. Así que la leeremos juntos, cada pareja compartirá un pergamino. Tened cuidado de no dañar o ensuciar las hojas de los pergaminos, ¡son muy preciados!”

Como ya era natural, Wando y Colum compartieron una hoja. Palabra por palabra, frase por frase, Wendelin leía en voz alta, traducía y explicaba, y pedía a los alumnos que repitieran lo que habían leído, algunas veces al unísono y otras, iba nombrando a los alumnos individualmente. “Quizás alguno de vosotros penséis que es un poco aburrido repetir lo mismo una y otra vez. Fijaos en las abejas que nos proporcionan la cera para las velas y la miel para el pan de los

domingos. Día tras día, acuden a las mismas flores y nunca se cansan de hacerlo.”

“¡Y las vacas se comen la misma hierba cada día!” chilló un niño con voz entusiasta; era Colum.

El verano se terminaba y soplaban vientos de otoño. Un día Colum acudió a Wendelin y le dijo: “Padre*, no tengo ningún saco para recolectar avellanas.”

“¿Quieres uno grande o pequeño?” contestó Wendelin.

“¡Me gustaría uno muy grande!”

“Espera un momento.” Wendelin desapareció entre los telares y regresó con un saco enorme que era lo suficientemente grande para albergar, al menos, cuatro repollos enteros.

“¡Gracias, padre!” dijo Colum esbozando una sonrisa. “¿Podría ir a recoger avellanas con Wando por los arbustos que rodean el prado?”

Wendelin sacó del bolsillo de su sotana una pequeña tablilla de madera que llevaba escrito su nombre. “Aquí tienes, sabes que no está permitido salir del monasterio sin permiso. Si algún pastor os pregunta ahí fuera, enséñale lo que te he dado. ¡Regresad para cuando suene la campana!”

Colum corrió hasta la cocina donde Wando trabajaba. Fue derecho al cocinero y le enseñó la tablilla. “Podría Wando venir conmigo? Wendelin nos ha dado permiso, ¡por favor! ¡por favor!”

El cocinero miró la tablilla de madera. “¿Dónde vais?”

Colum no dijo que se trataba de ir a recoger avellanas, así que solo contestó: “Vamos al prado donde pastan las vacas.” El cocinero asintió con la cabeza.

Wando y Colum dejaron atrás los muros del monasterio y corrieron felices en campo abierto. Cada día, Colum se reservaba

*En el monasterio, los monjes más mayores recibían el tratamiento de «padre» mientras que a los más jóvenes se les llamaba «hermanos».

unas migas de pan en el bolsillo durante el desayuno a base de leche y pan. Quería alimentar a las palomas, que se habían convertido en sus amigas desde hacía tiempo. Pero pronto tendría avellanas, ¡y así él podría comerse su pan!

Cuando llegaron a los avellanos, Wando cogió un cuchillo y cortó una de las ramas grandes. “Sacudiré los arbustos y tú recogerás las avellanas para meterlas en el saco.” A Calum le pareció buena idea que Wando usara su fuerza para sacudir los arbustos, así las avellanas caerían más fácilmente.

Uno de los pastores escuchó el ruido desde lejos, se acercó sigilosamente y creyó que se trataba de dos chicos que se habían escapado. “¡Eh, granujas!” Salió de entre los arbustos, se acercó a Wando y le arrebató la rama de las manos, mientras que le agarraba con fuerza del pelo.

“¡Suéltale!” dijo Colum tirando de la ropa del pastor, “¡Wendelin nos ha dejado venir aquí!”

Sorprendido, el hombre soltó a Wando, se giró y vio la ira en los ojos de Colum, que le mostró la tablilla de madera. El pastor se quedó boquiabierto, y empezó a balbucear: “Eh, ehh... Wendelin, claro, ¡os dejo marchar! Solo vigilaba, pensaba que os habíais escapado.” La rabia del hombre fue disminuyendo. Abrió su faltriquera de piel y les ofreció a cada uno un queso de oveja en señal de paz.

Cuando se marchó, Wando exclamó: “¡Ese hombre no es monje! Sigue siendo un celta salvaje. Apenas pueden controlarse ellos mismos, pero, sin duda tienen un don para el cuidado de los animales.”

De regreso al monasterio, Wendelin les enseñó donde podían dejar las avellanas para que se secasen en el desván. Y desde ese momento, les dio permiso para ir a recogerlas de cuando en cuando. El ganadero nunca volvió a molestarles.



El bardo ve cosas imperceptibles a nuestros ojos

El invierno había llegado, un día Wendelin anunció: “Un bardo* ha venido al monasterio. Durante unas cuantas noches contará historias antiguas, cantará y tocará música con un instrumento de cuerda. Esta noche, replicarán las campanas antes de la cena, e iréis todos juntos a la iglesia.”

“Te va a encantar,” le dijo Wando a Colum. “Pude verlo el año pasado, sabe de todo lo que ha ocurrido en Irlanda, incluso cosas de hace mucho tiempo atrás. También cuenta historias sobre gnomos y espíritus de la naturaleza.”

Al anochecer sonaron las campanas. Adultos y jóvenes, los llamados «novicios», se reunieron en el santuario como de costumbre. A los más jóvenes se les permitió sentarse en el suelo en frente de la gran silla de madera que se había dispuesto para el bardo. Unas cuantas velas, unidas junto al respaldo de la silla preparada para el anciano, iluminaban la estancia.

Vestido con una túnica de color granate, el bardo se detuvo y se sentó con aire solemne. Colum se sentó tan cerca como pudo, casi al lado de los zapatos de aquel hombre. El bardo asintió con la cabeza de un lado a otro en forma de agradecimiento. Entonces, comenzó a tocar una sencilla melodía con un peculiar instrumento, una rota de

*NdT: *Poeta de los antiguos celtas* (DRAE, 2014).

cinco cuerdas, que llevaba colgada de una cinta azul y que apoyó en su regazo. Cuando la canción llegó a su fin, levantó sus brazos hacia el techo, los bajó poco a poco y entonces comenzó:

¿De dónde vengo?

¿A dónde voy?

Tengo una cabaña en los bosques,

Solo Dios sabe el lugar

Entre fresnos y avellanos:

Un manzano, fructuoso y apacible,

¡Qué a todos con mucho gusto albergará!

Un espléndido, magnífico arbusto,

Repleto de pequeñas avellanas.

¡Qué agradable es el canto,

del alegre petirrojo!

Las abejas zumban al coro

¡El verano ha llegado!

La música parecía provenir de un arpa lejana, pero el bardo daba golpes en el fondo de la rota con mano firme.

¡Canción de invierno! El día es más amargo y frío.

La nieve cubre la cumbre de la montaña.

Un aire de tormenta sopla con fuerza.

Los pájaros se posan en las ramas, apenados.

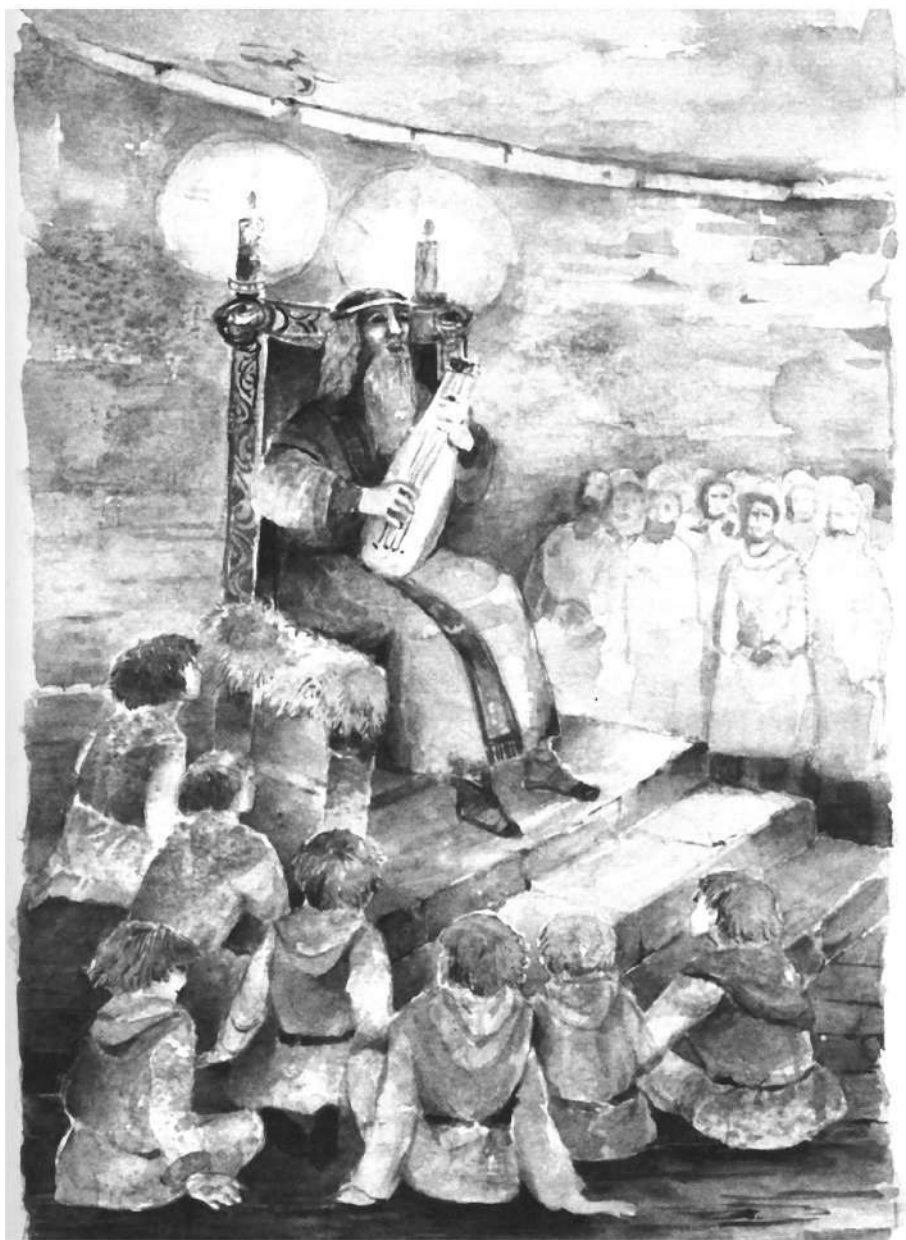
Oh, Hijo del Padre, Jesucristo.

Con tu Ejército Celestial.

Protégenos del miedo.

Del frío, de su viento sepulcral.

Deja que el calor inunde nuestro corazones.



De nuevo se escucharon unos tenues acordes, y el bardo comenzó a contar una historia:

Hace mucho tiempo, vivía un rey en Irlanda conocido con el nombre de Conchobar. Desafortunadamente, le hirieron en la cabeza durante el trascurso de una batalla, pero era tan puro de pensamiento como de espíritu. Cerca de palacio, vivía un druida, que la gente conocía por sus dotes de vidente. Podía ver cosas que no son perceptibles a nuestros ojos, y por ese motivo, era consejero del rey.

Un día, el rey sintió que la Tierra se estremecía y la oscuridad invadía la luz del sol. Así que pidió que fueran a buscar al druida y le preguntaran qué significaba aquello. El druida se giró hacia el sudeste y cerró los ojos. El rey observó que el druida tenía una visión espiritual y esperó en silencio.

Al cabo de un rato, el druida se giró y le dijo al rey: “Veo una tierra muy lejana y una colina con tres cruces en la cima. Una luz brilla sobre la cruz del centro, el Hijo de Dios ha sido crucificado entre dos criminales. Ese es el motivo por el que la Tierra se ha sacudido y se ha oscurecido el cielo.”

“¿No podríamos hacer nada por salvarle?!” clamó el rey profundamente conmovido.

“No. Este sacrificio divino era necesario para que se hiciera la luz del Cielo en la Tierra, y para todos nosotros.”

Al rey Conchobar le afectó mucho esta noticia, se inquietó y su corazón dejó de latir. Su cabeza inerte se desplomó sobre el pecho, y así falleció el mismo Viernes Santo en el que Jesucristo murió en el Calvario.

No obstante, en Irlanda son muchos los druidas que han «visto» los hechos que rodean a Jesucristo. Así es como desde un principio, el Cristianismo se introdujo en nuestra isla, a través de las visiones divinas de esos hombres benditos.

Cuando la historia llegó a su fin, el bardo permaneció sin moverse durante un instante, y aprovechando el silencio que se respiraba, comenzó a recitar una antigua canción:

*Antes de que el Hijo de Dios llegara,
La Tierra estaba envuelta en tinieblas.
Entonces llegó el salvador de la luz
Bajó de las alturas
¡Y el Cielo y la Tierra resplandecieron!
El mar recuperó su azul.
El mundo entero se iluminó.
El murmullo de las olas,
Sonaba como una canción,
Que rezaba: «Cristo ha resucitado,
Cristo ha subido a las alturas».*

Las cuerdas de la rota volvieron a sonar para anunciar el final de la historia. Entonces el bardo se dirigió a Wendelin: “Ahora, ¡me gustaría que todos cantarais algo alegre para mí!” Al instante, una canción resonó en el santuario, se trataba de la que solían cantar los monjes cuando se marchaban de la iglesia.

Esa noche, cuando Wando y Colum se acurrucaron bajo las sábanas de sus camas de paja en el enorme cuarto donde dormían, Colum le susurró a su amigo: “Creo que el bardo es capaz de ver más allá de lo que vemos nosotros. Pude ver cómo algunas veces, a la luz de las velas, sus ojos resplandecían de una forma especial. Con suerte, se quedará con nosotros un buen tiempo.”

“Colum, tú eres muy valiente,” le respondió Wando susurrando. “¿Por qué no vas mañana a verle y le pides que te cuente cosas sobre los espíritus de la naturaleza y que te cuente una historia de fantasmas antes de dormir? También sabe muchas.” Wando también le respondió susurrando (hablar en voz alta estaba prohibido a la hora de dormir).

“Bien, lo haré. Pero la historia de fantasmas no debe dar demasiado miedo. Si no me moriré de miedo,” respondió Colum.

Wando bostezó y dijo: “Un poco de miedo no va mal.”

El vigilante del cuarto donde dormían, uno de los monjes más ancianos, estaba sentado en un pequeño escritorio y leía un pergamino a la luz de las velas. Cuando todo el mundo estaba dormido apagaba la vela y descansaba en un colchón de paja.

En el desayuno, el bardo estaba sentado en la mesa con los demás monjes. Cuando abandonaban el comedor, Colum salió afuera para poder ir junto a él. “Querido señor bardo, me gustaría darle las gracias por las historias de ayer por la noche. ¿Podría pedirle algo para esta noche?”

El bardo se paró en seco y mirando al alegre muchacho, le dijo: “Sí, ¿Qué puedo hacer por ti?”

“Me gustaría saber más cosas sobre gnomos y duendes, ¡y sobre hijos de reyes o princesas!” Colum obvió las historias de fantasmas.

“¿Cómo se llama tu padre?”

“Knight MacFetim.”

“Ah, claro, ¡MacFetim! Fui a cantar a su castillo hace algunos años, pero tú deberías estar aún en la cuna. ¿Por qué quieres saber cosas sobre gnomos y duendes?”

“Mi madre me dijo que cuando era pequeño solía hablar y jugar con ellos.”

“Tengo que ir a por unas cosas, hasta esta noche, entonces,” dijo el bardo sonriendo.

“No le has preguntado por las historias de fantasmas, ¡qué mal!” le reprochó Wando, que fue corriendo a decírselo a Colum.

“Puedes hacerlo tú mañana, no he querido preguntarle dos veces.”

Esa noche el bardo estaba sentado en la silla de la noche anterior, ataviado con su túnica granate y una diadema de cobre alrededor de la cabeza. Se solía vestir de aquella forma solo cuando iba a cantar

o narrar historias. Esta vez tocaba una alegre melodía, y cuando las notas se desvanecieron empezó a contar la siguiente historia:

¡Qué desaparezca la joroba!

Hace mucho tiempo un nombre llamado Dado vivía solo en una solitaria cabaña. Tenía la espalda jorobada porque cuando era un niño pequeño, se cayó de los brazos de su madre, y desde entonces, su espalda creció encorvada. Cuando Dado tenía siete años, escuchó a los adultos decir: «Pobrecito, está encorvado como si fuera una hoz» Cuando cumplió los catorce, los jóvenes, chicos y chicas le señalaban y se reían. Así que Dado se convirtió en una persona tímida y evitaba a los demás.

Su padre le enseñó cómo entretrejer las cestas con ramitas de sauce para poder venderlas. Tras la muerte de sus padres, Dado vivió solo en la vieja cabaña. Su madre le había enseñado muchas canciones, y era así es cómo se entretenía cuando hacía las cestas. Cuando cantaba, a menudo se daba cuenta de que los pequeños gnomos le escuchaban. Una vez, durante algún tiempo, vería cómo desaparecía uno a través de la pared de la cabaña o aparecía de repente en su casa, porque los gnomos y duendecillos pueden atravesar cualquier muro o pared de madera.

Dado tenía ya más de veinte años, cuando un día, fue hasta muy lejos para vender las cestas, que llevaba sobre su joroba. Era verano, una noche de luna llena muy calurosa, estaba cansado y paró a descansar, pero lo que él creyó que era un asiento era en realidad una colina de elfos. Estaba ya casi dormido cuando escuchó una delicada y dulce canción. Solo podría tratarse de ellos. Cuando acabó, Dado empezó a cantar muy bajito mientras miraba el resplandor de la luna. En ese momento, una bruma le envolvió y escuchó a más elfos a su alrededor. Todo sucedió muy rápido, ¿Estaría soñando? Cuando quiso darse cuenta, unos seres de delicadas siluetas aladas

comenzaron a empujarle y a tirar de él, mientras se reían y coreaban: ¡Qué desaparezca la joroba! ¡Qué desaparezca la joroba! Dado sintió que estallaba por dentro, temblaba y volvía a estallar, hasta que cayó en un profundo sueño.

Cuando despertó a la mañana siguiente, el sol brillaba con fuerza y algunas vacas pastaban en el prado. Dado se levantó del suelo y tuvo la sensación de estar más derecho que una vela. Buscó con la mano su joroba. ¿Dónde estaba? Se acercó corriendo a un estanque del que bebían las vacas, se giró, miró su reflejo y se dio cuenta de que ¡la joroba había desaparecido! No era un sueño, había sido cosa de los duendes. Inmediatamente, Dado recogió unas cuentas piedras e hizo un círculo para señalar el lugar donde había dormido, y pensó: *Vendré aquí cada noche de verano de luna llena y cantaré para los duendes.* Muy contento, regresó hasta su cabaña, donde todos se sorprendieron de ver al joven tan alegre. Poco tiempo después, Dado encontró una amante esposa que le ayudó con el negocio familiar.

“Esa era la historia de *Dado el jorobado y los elfos*,” dijo el bardo, pero ahora, os contaré otra muy diferente:

El relámpago mortal

Había una vez en Irlanda, cuatro reinos, y un rey próspero y su esposa. Durante muchos años les invadió una pena terrible, no tenían hijos, y al rey le preocupaba quien heredaría el reino cuando llegara su hora.

Un día, la reina le dio una buena noticia: “¡Estoy encinta!” El rey se puso muy contento, y cuando se acercaba la hora del alumbramiento, pidió que trajeran ante él a un sabio que era astrólogo.

“Será un niño,” dijo el sabio. Cuando nazca, ¡leeremos en las estrellas qué le depara el futuro!”

Había pasado la medianoche cuando la reina dio a luz a un niño. En ese momento, el astrólogo observó las estrellas, y conmocionado por lo que vio, permaneció en silencio. Sin embargo, el rey quería saber que era lo que decían las estrellas del destino.

Entonces el sabio dijo: “El chico gozará de buena salud. El pueblo querrá al joven príncipe, pero cuando cumpla los veintiún años, un rayo fulminante le quitará la vida. Hasta ese momento, disfrute del regalo que la vida le ha ofrecido, sea feliz con su hijo.” El rey se quedó estupefacto, y pidió que el astrólogo escribiera la profecía en un pergamino, cuando terminó, el rey pidió que no hablara con nadie de ese fatídico sino, ni siquiera con su esposa.

Los primeros años de vida del príncipe acontecieron como se predijo, el pequeño se convirtió en un sano y apuesto joven, amado por el pueblo. En su decimonoveno cumpleaños, el rey ordenó que se construyera una torre de piedra en la cima de una colina, no muy lejos del castillo. Su idea era encerrar al príncipe en aquella torre, provisto de todo tipo de víveres, hasta que cumpliera los veintiún años, y de aquella forma podría protegerlo de cualquier clase de luz. El rey escondió la única llave que podría abrir la pesada puerta de acceso a la torre entre sus ropas, hasta que finalmente decidió guardarla en un compartimento secreto junto con el pergamino de la profecía.

Cuando el vigésimo primer cumpleaños del príncipe se acercaba, su padre lo citó ante él. “Mi querido hijo, ha llegado el momento de que conozcas la verdad sobre la torre que mandé construir. Cuando naciste, un sabio, un reconocido astrólogo me contó que cuando cumplieras veintiún años, morirías por un rayo de luz. Te ruego que leas este pergamino.” El príncipe comenzó a leerlo y vio que aquello solo confirmaba las palabras de su padre. El joven se quedó en silencio, con la mirada perdida.

Mientras, el rey continuó diciendo: “La víspera de tu cumpleaños, te llevaré hasta la torre, donde permanecerás dos días, allí tendrás

comida y agua, y una cama mullida y confortable. La luz entrará por un agujero entre los muros, y así no te dará directamente por lo que podremos evitar tu anunciado destino.”

El príncipe se dio cuenta de lo profundamente preocupado que estaba su padre, así que estaba dispuesto a quedarse en la torre. La noche antes de su cumpleaños, el rey le llevó en secreto a la torre. Lo estrechó entre sus brazos y lo bendijo con el símbolo de la Cruz Celta. Entonces, cerró la pesada puerta de roble con llave.

Llegó la noche, y el príncipe pudo escuchar el canto de un ruiseñor a través del agujero en uno de los altos muros. De nuevo recostado en su lecho, reflexionó sobre su vida hasta el momento y de lo feliz que había sido, lo que le hizo pensar: *Si la voluntad de Dios es que mi corta vida termine con un resplandor de fuego, entonces ni siquiera una torre de piedra podrá protegerme.* Y en aquel momento encontró una ventana. *Si pongo mi cama debajo, podría escalar por las piedras y enfrentarme a mi destino, libre, en el mundo exterior.* Así lo hizo, puso su cama bajo la ventana y escaló. Cuando estaba en una superficie lisa, fue capaz de encontrar una apertura hasta salir al exterior. Saltó y cayó de pie, sano y salvo, puesto que el interior de la torre estaba hundido en el suelo y la ventana no estaba muy alejada de la superficie.

Afuera, era un cálido y soleado día de agosto. El príncipe deambuló por un bosque cercano y admiró la altura de los árboles y disfrutó del canto de los pájaros y el picoteo del pájaro carpintero. Un sorprendido conejo brincó hasta detrás de un arbusto. El joven siguió hasta llegar a un río. Un banco cubierto de musgo bajo un árbol parecía un lugar perfecto para descansar. “¡Aquí es donde aguardaré a mi destino!”

Cuando las nubes se arremolinaron sobre él, se quedó dormido. Los truenos que parecían lejanos, empezaban a acercarse. Sobre la torre, se veían nubes negras. Los relámpagos golpeaban con fuerza y la torre terminó desmoronándose, no quedó ni una piedra en pie.

En el castillo, el rey permanecía alerta. Para su sorpresa, fue testigo de cómo la torre se desmoronó. Gritó y alertó a su mujer y a todos los criados. “¡Nuestro querido hijo está sepultado bajo la torre! ¡Estaba dentro! ¡Quizás siga con vida!

Criados y trabajadores del castillo corrieron a toda prisa con picos y palas, pero allí ya no había nada que pudiera salvarse. La gente, desesperada, se dio por vencida con lágrimas y dolor en sus ojos.

Pero, ¡un momento! ¡Quién andaba cerca del río? ¡Era el príncipe! La pena que les invadía se había roto entre estallidos y gritos de júbilo, cuando el rey y la reina fueron a abrazar a su hijo. El joven príncipe les contó lo sucedido: “Estaba preparado para recibir a la muerte en la torre, pero entonces me di cuenta de que mi destino estaba en mis manos, escalé hasta la ventana, y salté. Seguí el curso del río y esperé a que mi destino me encontrara allí. Cuando el relámpago golpeó la torre con un estruendo, desperté de un profundo sueño. ¡La vida me ha concedido una segunda oportunidad!”

Cuando el viejo rey murió, su hijo se convirtió en el nuevo rey, impartió justicia y gobernó con bondad.

El bardo acabó de contar la historia y les pidió que cantaran juntos una canción antes de dormir.



¿Debo convertirme en cura?

Los días de colegio en el monasterio para Colum llegaban a su fin. Su amistad con Wando dio sus frutos. Para cuando había cumplido doce años, Colum había superado a sus compañeros en conocimientos, dominaba los idiomas y el arte de la escritura. El hermano Wendelin se dio cuenta de que Colum siempre estaba dispuesto a ayudar pacientemente a otros estudiantes con sus tareas. Además, también le gustaba ayudar a alimentar a los caballos. Uno de los mozos de cuadra le había enseñado a montar. Así, había conseguido convertirse en mensajero montando a caballo por las zonas próximas al monasterio. Algunas veces, cuando montaba a caballo, alguna de las palomas amaestradas se posaba en su hombro. Colum siempre tenía algo en el bolsillo para darles de comer.

En poco tiempo, Colum ayudó a Wendelin a enseñar a los más pequeños. Se dedicó a eso durante varios años, pero había tomado una decisión: se convertiría en monje como lo haría Wando. Cuando fue de vacaciones a visitar a sus padres, habló con ellos sobre su futuro. Sabía que a su padre le habría gustado verle convertido en un caballero y escriba del rey. “La oscuridad rodea a las personas de este mundo,” comenzó Colum. “El odio y la codicia han llevado a los hombres a la guerra. He oído que en Franconia y en Germania, la Luz de Cristo, que nos llena de paz, aún no se ha asentado. Cuando sea el momento adecuado, me gustaría viajar a tierras extranjeras con otros hermanos y proclamar la luz y el amor de Cristo a los pueblos bárbaros.”

Colum habló con tal pasión que su padre supo que debía permitirle seguir su camino. Los ojos de su madre brillaban con luz propia mientras pensaba: *¡Colum se convertirá en un defensor de Dios!*

Durante largas noches, Colum le contó a sus padres todo sobre los Evangelios, y la piedad y la devoción entró en casa de los MacFetim. Colum también les contó lo que había descubierto sobre una isla llamada Iona entre Irlanda y Escocia. “Un sabio y gran profesor llamado Colum-Cill vive en el monasterio de aquellas tierras. Se trata de un vidente espiritual y yo quiero convertirme en su alumno. Wendelin velará por que pueda ir allí con mi amigo Wando.”

Su madre le dijo con desaprobación: “Pero tendrás que emprender el camino por mar, y el Mar de Irlanda es muy peligroso.”

Colum entendió la ansiedad y la tristeza de su madre, porque todo aquello significaba una larga separación. Por eso cogió la mano de su madre y la tranquilizó: “Dios nos protegerá y seguiremos nuestro camino con coraje, sea por mar o tierra. ¿Puede haber algo más bonito que prepararse uno mismo para acercar la luz de la resurrección de Cristo a su pueblo?”

Los padres de Colum estaban profundamente conmovidos por la llama que se encendía en el interior de su hijo. Sabían que se guiaría por su destino, y que lo seguiría hasta el final.

Después de otra semana con sus padres, Colum se despidió. Se acercó a su madre y le susurró: “Pensaré en ti cada día y llevaré conmigo el mechón de pelo que me diste.” Entonces se acercó a su padre y le dijo: “Agradezco que me hayas dado la libertad de elegir, estaré contigo, incluso cuando esté lejos.”

Muy temprano por la mañana, Colum fue a buscar su caballo al establo del monasterio. Ante él, el sol salía por el este, mientras Colum se alejaba para cumplir con su destino.





Viaje hacia Iona

Un día, un mensajero llegó a caballo desde el monasterio cerca de la costa del mar irlandés, traía un mensaje para Wendelin. En una semana, un barco pesquero llevaría a dos monjes hasta el monasterio de Iona, y había sitio para dos más. Wendelin habló con Colum y Wando, ambos estaban emocionados. Wendelin bendijo su compromiso con la hermandad para que pudieran ir al monasterio de Iona.

Los dos jóvenes se unieron a los dos otros hermanos con los que compartirían travesía en aquel enorme barco pesquero. Se izaron las velas, el viento soplaba hacia el levante y entonces, las costas de Irlanda se hicieron cada vez más y más pequeñas hasta desaparecer por completo.

Sin embargo, esta no era la primera vez que los pescadores navegaban hacia Iona. Durante el día se orientaban por el sol, y por la noche seguían el rumbo que marcaban las estrellas. Mientras que el barco se balanceaba a merced de las olas, los monjes se dedicaban a recitar salmos y cánticos. Colum y Wando le explicaban a los pescadores, en la lengua que ellos utilizaban, lo que leían en latín o en griego.

Trascurridos unos cuantos días de navegación, el viento sopló a favor y les condujo a su destino. Cuando uno de los pescadores avistó una franja de tierra, gritó: “¡Tierra a la vista! ¡Iona!” Los monjes entonaron un aleluya de alegría cuando vieron la isla escocesa cada vez más cerca. En forma de profundo agradecimiento, los monjes

bendijeron a los pescadores, quienes habían emprendido el viaje para servir a Dios sin haber aceptado pago alguno. En el viaje de regreso, se dedicarían a pescar.

El barco pesquero se había avistado desde el monasterio de Iona, y una multitud de monjes esperaba en la playa para ver quiénes venían en el barco. Solo uno de ellos, el anciano abad, sabía gracias a una visión reveladora, que venían monjes procedentes de Irlanda. El abad se encontraba entre el resto de hermanos en la orilla para darles la bienvenida. Los hombres más fuertes empujaron el barco hacia la arena. En ese momento, los monjes de Iona empezaron a entonar una canción de bienvenida. Sin embargo, mientras desembarcaban, Colum le dijo a Wando: “¿Ves a ese padre alto, con el pelo cano que está entre los monjes? Lleva un estandarte con el símbolo de la Cruz celta, debe ser Colum-Cill, el hermano de uno de los reyes de Irlanda.”

Y así era, conforme los monjes recién llegados bajaban del barco, fueron dirigiéndose a él. Para que Colum-Cill pudiera abrazar a los monjes y darles un beso fraternal, otro cogió el estandarte, así los bendijo uno por uno tres veces con la Cruz celta, en la cabeza y en los hombros. Después, comenzaron a entonar una canción que era familiar para los recién llegados, que también se unieron a ellos de regreso al monasterio, donde les esperaba un refrigerio. Entonces Colum-Cill, que tenía los nombres de los nuevos monjes apuntados en una pequeña libreta, anunció: “Me gustaría tener unas palabras de bienvenida con cada uno de los recién llegados antes de la cena.”



Colum y Colum-Cill

Los monjes irlandeses dieron un caluroso recibimiento a los hermanos en el monasterio de Iona. Todas las mañanas se reunían en la iglesia porque era la estancia más grande, y a Colum-Cill le gustaba hablar con ellos allí. Les enseñaba que, desde tiempos de Abraham, el pueblo judío fue el elegido para recibir a Cristo, el mesías. Y así les explicaba también cómo los mensajeros de Dios habían tenido que inculcar esta misión entre las personas para que dejaran de servir y adorar a falsos dioses.

Colum-Cill habló de una forma tan clara que Wando le comentó a Colum: “De hecho, podría llegar a creer que él estaba allí cuando todo eso sucedió.”

Cuando ya llevaban allí cinco días, fue el turno de Colum para hablar con el abad. Tenía la sensación de que la conversación que estaba a punto de tener, sería muy relevante para su futuro. El abad le esperaba sentado en un sillón en una amplia habitación, le invitó a que tomara asiento. Al principio, se quedaron en silencio y el abad lo observó fijamente, de una forma amable pero atenta, lo que hizo que Colum bajara la mirada. Sentía como si una luz intensa se introdujera en él. Por fin, el abad comenzó a hablar.

“¡Querido hermano! Para que nuestros nombres no se confundan, a partir de ahora te llamaré Columbano.” Colum asintió, y el abad continuó diciéndole: “Querido Columbano, pude ver lo que te depara el destino, y solo te quedarás en Iona unos cuantos meses, ya que tu camino te llevará de regreso a Irlanda. Entonces volverás junto

con otros hermanos, y con ellos, seguirás tu peregrinación como misionero de nuestra fe. Tu primer destino será Franconia, y a partir de ahí, no he podido ver nada más.

“En ti veo el empeño y la energía que Cristo te ha conferido, que te guiará para convertirte en el mensajero y portavoz de su mensaje entre los no creyentes. Probablemente hayas escuchado que al norte se encuentra la isla de Staffa; ahí se encuentra la enorme gruta de Fingal, donde a veces retumba el sonido del mar. Antes de que Cristo bajara a la Tierra, los druidas celtas vivieron en Iona. Por aquel entonces, si un estudiante quería convertirse al sacerdocio, se le ataba al mástil de una pequeña embarcación. Con la marea alta, la corriente arrastraba el barco hasta la gruta de Fingal, y el aspirante a cura debía probar su valía ante las inclemencias de la naturaleza. A los tres días, cuando ya estaba al borde la muerte, iban en su búsqueda, y así es cómo un joven podía convertirse en cura en Iona.

“Hoy en día, el camino para convertirse al sacerdocio es diferente. Columbano, si realmente quieres convertirte en mensajero de Cristo entre los paganos, debes tener buena resistencia física y debes hacerte oír. Por ello, te sugiero que durante el verano, cuando la marea lo permita, te marches junto con el hermano Wando y vayáis remando hacia la isla de Staffa dos veces durante el mismo mes. Remar fortalecerá tus brazos y piernas, y deberás quedarte en la isla durante tres días, podrás darle la vuelta al bote y sobre unas rocas, usarlo como refugio. Durante el día podrás probar a elevar la voz por encima del sonido del mar que ruge, sisea y truena entre las rocas.

Tras ese ejercicio, los dos deberéis regresar al silencio del monasterio para alimentar el alma. Columbano, ¿serías capaz de hacerlo, y de inspirar a Wando a que quiera hacerlo como tú?”

Mientras escuchaba al abad, Columbano se iba emocionando cada vez más, algo que podía verse en el brillo de sus ojos. Una misión tan arriesgada como aquella, era exactamente lo que quería desde hacía tiempo. “Padre, con mucho gusto emprenderé esta tarea

que me habéis encomendado, y estoy seguro de que Wando querrá acompañarme.”

“Mañana, hablarás con el monje Fintan, que se encarga de nuestros botes, pero por el momento, permaneceréis una semana más en el monasterio para que podáis acostumbraros un poco más a Iona.” Y con esas últimas palabras el abad se despidió de Columbano.

Tras la conversación, Columbano fue inmediatamente a buscar a Wando para contarle lo que le había dicho el abad. “No creo que pueda haber nada mejor que luchar contra el viento y las olas, ya sea con los remos o las palabras. Colum, soy muy feliz en Iona,” le contestó Wando entusiasmado.

“Wando, como ya sabes el abad y yo tenemos el mismo nombre, así que a petición suya, desde el día de hoy mi nombre será Columbano.”

“En latín, Columbano significa «paloma», me acostumbraré y si después de tres veces te sigo llamando Colum, puedes darme una colleja.”

“¡Será un placer!” rio Columbam.



Las pequeñas maravillas de Iona

Columbano encontró la forma de vida del monasterio de Iona muy similar a cómo había sido en Irlanda. Sin embargo, tuvo que hacerse a la idea de que Iona estaba aislada por completo del resto del mundo, rodeada solo por agua, con pocos embarcaderos y muy distanciados. La isla era pequeña y rocosa, había un prado con un poco de hierba, un establo con tres vacas, ningún bosque y ninguna paloma. Tras los muros del monasterio había huertos de especias y hortalizas. Además, el pan y la madera eran difíciles de conseguir. Por ello, tenían un barco de vela para ir hasta la isla vecina de Mull y conseguir todo lo que les hiciera falta. Cuando aún era un joven príncipe, el rey de Escocia había pasado algunos años estudiando en el monasterio, por lo que había entablado amistad con Colum-Cill, convirtiéndose así en un generoso donante para Iona. Además otros monasterios escoceses les enviaban cera para velas, pergamino, y comida, aunque algunos de los monjes eran buenos pescadores, y el mar tenía peces en abundancia.

Cuando Columbano preguntó el motivo por el que aceptaron a los nuevos monjes, supo que cuatro de ellos se habían marchado el mes anterior a tierras extranjeras como misioneros. Por ese motivo es por lo que no quedaba sitio para nadie más en la isla, donde había casi doscientos monjes y alumnos en el monasterio, aunque en la isla solo vivían veinte hermanos y pronto se aprendió todos sus nombres. Gracias a la sabiduría de Colum-Cill, todos convivían con gran devoción y paz.

En cuanto a Columbano, pronto se dio cuenta de una diferencia con respecto a Irlanda, ya que en Iona después del oficio matutino, a los monjes se les permitía salir fuera durante una hora.

La mañana siguiente a su llegada, Colum-Cill reunió a los cuatro recién llegados en sus celdas para instruirles sobre qué hacer en su tiempo libre: “Podéis leer los pergaminos, pero es importante que leáis el Libro de la Naturaleza y el libro de la Divina Creación. Cuando el tiempo lo permita, id afuera a descubrir las pequeñas y grandes maravillas de la naturaleza. ¿Cuáles son las pequeñas maravillas de la creación? Encontraréis conchas marinas y piedras de colores, cogedlas y admirad sus formas; son vestigios de la creación. La contemplación de las piedras, de tantos y variados colores os revelará un misterioso resplandor. También hay de color negro, como el color de la muerte o la oscuridad. Fijaos en los escarpados acantilados de la isla, nos muestran las características primitivas de la Tierra, cuando esta era más firme bajo las reglas de la divinidad, y si observáis vuestros dientes y huesos encontraréis rasgos comunes con los de esas piedras.

“Otro día, investigad las pequeñas maravillas del reino vegetal. Los musgos de las rocas, las delicadas hojas y ¡las flores con sus preciosas formas! Todas ellas son una maravilla, pequeñas flores que parecen estrellas, con cinco, seis o siete pétalos como rayos de sol. Todas ellas portadoras de vida. Y, en otra ocasión, prestad atención a los más pequeños del reino animal. No tenemos una gran variedad en Iona, pero sí algunas especies de escarabajos poco comunes, hormigas, mosquitos y arañas. También podéis observar los pájaros, cómo se mecen libremente por el aire o los relucientes peces que nos sirven como un preciado alimento. ¡Os daréis cuenta de que el Libro de la Creación es inconmensurable! ¡Observarlo desde el amor!

“Finalmente, por la noche, veréis otra gran maravilla: la luna y las estrellas. Durante el día, notareis el sol, el viento, y las inclemencias del tiempo; los relámpagos y truenos. Así que por hoy es suficiente, ¡el mundo exterior os está esperando!”



Aventuras en la isla de Staffa

Al amanecer, con las tranquilas olas del mar, Columbano y Wando emprendieron su viaje en dirección a la isla de Staffa. En la barca llevaban algunas provisiones, algo para comer y cantimploras de cuero. Habían practicado remando alrededor de Iona, y pronto se acompañaron uno al ritmo del otro. Cuando se aproximaban a la isla, vislumbraron la oscura y enorme gruta, que descansaba sobre pilares de piedra moldeados por el viento. Los antiguos celtas decían que los dioses habían construido una cueva santuario allí. Cuando se acercaron un poco más, dejaron de remar y admiraron las formaciones rocosas. Entonces Columbano sugirió: “¡Rememos hacia el interior! La mar está tranquila, solo tenemos que prestar atención para que la barca no se golpee contra las rocas. ¿Sabes nadar?”

“Sabía cuando era pequeño,” dijo Wando. “Pero he estado demasiado tiempo en el monasterio, en tierra firme como tú.”

Una brisa suave meció la barca hacia el interior de la gruta, ¡donde podía apreciarse una cúpula como la de una catedral! Columbano se puso de pie para alejarse de las rocas con uno de los remos. Cuando la espuma de las olas daba contra las rocas, se podía escuchar un siseo, un sonido extraño. De repente, Columbano comenzó a elevar el tono de voz, Wando se unió, y sus tarareos se unieron al sonido de las olas del mar, y así terminaron cantando. Fue muy divertido.

Cuando ya se habían adentrado unos metros en el interior de la cueva, empezaba a dominar la oscuridad y el agua estaba en calma. Los únicos rayos de luz que entraban provenían de la entrada. Los

dos jóvenes se quedaron un instante en silencio. La barca golpeaba suavemente contra las rocas. Wando rompió el silencio para decir: “¡La luz brilla en la oscuridad!” Se quedaron así durante un buen rato, abandonándose a la belleza de la naturaleza.

Al cabo de un tiempo, la brillante luz del exterior se fue atenuando. “Mira, el sol se está poniendo,” dijo Columbano, deberíamos encontrar un sitio donde pasar la noche. Remaron despacio hacia la salida, la puesta de sol iluminaba los pilares de piedra con tonos rojos y anaranjados mientras que Columbano pensaba en la tarea que le habían asignado. “Mañana tenemos que fortalecer nuestras voces haciendo ejercicios, ese es el motivo por el que Colum-Cill nos ha enviado hasta aquí.”

Pronto encontraron un remanso donde poder amarrar la barca. Trabajando juntos, no les fue difícil empujarla hasta un lugar seguro en la orilla dejando los remos en una hendidura entre las rocas. “Parece que el cielo está despejado, no creo que llueva,” dijo Columbano. “Dejaremos la barca boca abajo y le pondremos unas piedras para que hagan contrapeso, así no volcará. Nosotros podremos dormir al raso, las estrellas pronto empezarán a brillar.”

“Yo dormiré con la cabeza en la proa y tu puedes dormir hacia el lado de la popa, así será más fácil.” Cada uno usó la almohada de paja que habían usado mientras remaban, y ahora podrían usarla para dormir, ambos se tumbaron a descansar bajo las estrellas. Columbano recordó una canción que su madre le cantaba a menudo, y empezó a cantarla en voz baja:

*Las estrellas resplandecen
En el silencio de la noche
Susurros secretos, murmullos parpadeantes
La oscuridad se desvanece, nos envuelve
Se escucha un eterno canto de hermanos*

*El cielo rebosa de nuevo con su canción
En el silencio de la noche.*

*El cielo sonríe cuando parpadeamos
En el silencio de la noche.
La madre Tierra nos saluda así
En el silencio de la noche.
Ya no habrá pena en la noche
Para todos aquellos que estén resguardados
Deja que nuestra luz brille
En el silencio de la noche.*

Wando estaba muy cansado de remar durante todo el día y se quedó dormido mientras cantaba. Sin embargo, Columbano pudo sentir en su interior el poder de las constelaciones del cosmos y se paró a pensar en la magnitud de todo aquello, que debía ser obra del Creador. ¡Una inconmensurable creación! Entonces, se recostó sobre la almohada.

Wando fue el primero en despertarse por la mañana, intentó subirse al bote pero terminó despertando a Columbano. “Estaba a punto de ir a escalar por los acantilados. ¿Vienes conmigo? El sol saldrá enseguida desde el otro lado de la isla, ¡si subimos ya podremos ver el amanecer desde allí!”

El ascenso fue fácil para los dos jóvenes, la hierba era escasa y corta, y algunas flores crecían en las rocas del acantilado, pero no había ni árboles ni arbustos. En el mar se reflejaban destellos de oro y de un centelleante carmesí. Columbano empezó a cantar a pleno pulmón una antigua poesía para saludar al nuevo día:

*Haul! Haul! Araul ei rudd – ¡Arriba! ¡arriba! ¡el sol brilla!
Alza tu divino semblante.
Se acerca, se acerca, la esfera carmesí.*

*¡La imagen de Dios en el universo!
Tu resplandor se irradia por todo el mundo,
Un fuego que diseminas a lo largo y a lo ancho
Apareces cerca de las amplias alas teñidas de rojo del amanecer,
Apareces como un barco a la eternidad.*

Columbano repitió esta poesía varias veces y Wando se unió a él en un canto exaltado hasta que la luz del sol se hizo tan brillante que tuvieron que apartar la vista.

Poco después, se separaron y cada uno exploró la isla por su cuenta para ver qué clase de rocas y vegetación había allí. Una vez más, probaron a proyectar el sonido de su voz, a través del viento, hacia el mar. Ejercitar sus voces así les parecía fantástico.

Al mediodía, el viento soplabla con más fuerza, así que decidieron regresar al sitio donde habían pasado la noche. Desde la gruta se podía escuchar un poderoso estruendo, tenían la barca en el agua y se sintieron afortunados por poder remar aún a pesar del fuerte oleaje en el interior de la gruta, los rugidos de la olas y la espuma. Para poder elevar el sonido de sus voces, se turnaban, ya que mientras uno practicaba, el otro intentaba que el barco no volcase o chocase contra las paredes de la gruta. Debido a los vaivenes de la barca, el agua les salpicó y les empapó de la cabeza a los pies, así que aprovecharon que el sol brillara fuera para poder secar su ropa.

En Staffa se quedaron durante tres días, al cuarto, muy temprano por la mañana, remaron hacia Iona. Las provisiones de agua potable y las escasas raciones de comida, ya casi se les habían terminado. Los dos jóvenes habían adquirido fuerza y coraje al haber podido enfrentarse y experimentar en su piel los duros elementos de la naturaleza.

A su regreso, Collum-Cill citó a los dos jóvenes. “¿Cómo ha ido todo en Staffa?”

“Ha sido una experiencia maravillosa,” respondió Columbano. “El templo de columnas de piedra, las olas, poder gritar con total

libertad en la inmensidad del océano desde el acantilado, y cantar bajo las estrellas. ¡Incluso cantamos con la salida del sol!”

“Ya estamos pensando en nuestro próximo viaje a Staffa,” añadió Wando. “Aunque nos habría gustado quedarnos más tiempo esta vez, quizá una semana, para ejercitar las voces, pero necesitábamos un poco más de comida y agua.”

A Colum-Cill le encantó ver con qué entusiasmo hablaban los jóvenes monjes. “Por ahora eso puede solucionarse, ya que más adelante, debido a las tormentas del otoño e invierno, debemos evitar ir a Staffa.”

Colum y Wando regresaron a su rutina diaria: las tranquilas tareas en el monasterio, las enseñanzas de Colum-Cill, copiar pergaminos y cantar en la iglesia.



La despedida de Iona

Columbano y Wando estuvieron tres años en el monasterio de Colum-Cill en Iona. Durante ese tiempo, se convirtieron en hombres fuertes y sanos. Sus almas no conocían el miedo, solo la veneración de mundos superiores. Un día, Colum-Cill les pidió que se reunieran con él. Ambos permanecían expectantes, hasta que comenzó a hablar: “Queridos hermanos, investigando sobre el porvenir de vuestros destinos, he podido ver que con toda certeza, deberéis seguir vuestro camino en Irlanda. Allí, deberéis viajar hasta el monasterio de Bangor, al norte de la isla, el cual está cerca de la costa y al que podréis acceder fácilmente en barca. Unas cuantas veces al año, algunos barcos de pescadores vienen de allí hasta Iona. En aquellas tierras del Norte de Irlanda, aún quedan valles aislados donde podréis llevar el mensaje de Cristo a los pueblos autóctonos.

“Poned empeño en esta tarea, porque más tarde, estaréis destinados a viajar como misioneros en tierras más lejanas, en Franconia y Germania. Estaréis en lugares donde el mensaje de Cristo apenas ha llegado a sus gentes. Construiréis monasterios y e iluminaréis las almas de muchos. En mi interior, puedo ver cómo Columbano viajará con doce hermanos. Sin embargo, pasarán años antes de que tengas un grupo de personas así a tu lado, que muestre su valor y disposición a sacrificarse. Podrás encontrar a gente que te ayude en esa tarea en el monasterio de Bangor.”

Tras unos breves instantes de silencio, Columbano respondió: “Padre, tus palabras me han cogido por sorpresa. Iona se ha convertido

en mi hogar, pero he comprendido cuál es el camino que nos conducirá a Irlanda. Aquí el hermano Ferghil, que viene de Bangor, me ha contado muchas cosas buenas sobre el monasterio. Solo tengo una petición: ¡Que nos dé su bendición para que nos acompañe en nuestro viaje!

“Así será, respondió Colum-Cill. “Wando y tú estáis en mi corazón. Pero Wando, estás muy callado. ¿Qué piensas de todo esto?”

“Al principio, padre, me he quedado conmocionado. Pero más tarde esa sensación se convirtió en la alegría de haber depositado mi confianza en usted. Viajar, ir en peregrinación, trabajar junto a Columbano. ¡Eso es lo que fortalece nuestra hermandad!” Y así, vivieron su futuro a la espera de un viaje en un barco pesquero que los llevaría a Bangor.

Unas cuantas semanas más tarde, un velero de Irlanda del Norte atracó en Iona. Los pescadores fueron invitados a alojarse en el monasterio durante dos días. La última noche, se unieron con los monjes en la iglesia. A Columbano y Wando les pidieron que cantaran en la misa a modo de despedida. Tras haber practicado en la gruta de Fingal, sus voces resonaron con fuerza.

A la mañana siguiente, los hermanos de Iona acompañaron a Columbano y Wando al barco. Antes de subir, Colum-Cill los bendijo a ellos, al mar y a los pescadores. Los que se quedaron en tierra, unieron sus voces en un canto mientras el barco se adentraba en el mar.

De regreso al monasterio, Colum-Cill les dijo: “Nuestros dos hermanos se encontrarán con grandes retos, pero todo este tiempo en Iona y Staffa les ha preparado bien.”



En el monasterio de Bangor

Cuando Columbano y Wando bajaron del barco pesquero en la playa cercana al monasterio de Bangor, se arrodillaron en la arena y besaron la tierra irlandesa. Se trataba de un rito tradicional cuando los hijos pródigos regresaban a Irlanda, y así Columbano prometió seguir con todas sus fuerzas el camino que Colum-Cill le había revelado. A lo lejos, vieron lo que parecía ser el monasterio de Bangor, y siguieron el sendero que les condujo hasta allí. En su faltriquera de cuero, Columbano llevaba consigo un valioso pergamino con una carta de Colum-Cill dirigida al abad Comgall en Bangor.

Cuando se acercaron, vieron a varios monjes trabajando en los campos. Los rebaños pastaban tranquilamente en las laderas. “Necesitarán un montón de comida para los cientos de hermanos que viven aquí,” comentó Wando. “¡Con lo simple y fácil que era la vida en Iona! Si fuera una gaviota, volaría de regreso.”

“Colum-Cill predijo nuestro destino, ¡sigamos adelante con valor!”

En uno de los campos, los detuvieron y pronto se vieron rodeados por los hermanos que estaban trabajando allí. Cuando escucharon que acababan de llegar de Iona, los hermanos les imploraron que les contaran cosas sobre la vida de los monjes en esa isla y también sobre Colum-Cill, quien, se decía, podía comunicarse con los ángeles. También les dieron algo de leche y pan, que aceptaron con gratitud. Su primer encuentro con los labradores del campo fue una agradable bienvenida, pero no querían retrasarse demasiado.

Dentro de los muros del monasterio que parecían no tener fin, en una de las zonas más estrechas había cabañas de piedra que parecían colmenas que utilizaban como viviendas y como establos para animales. Un hermano les esperaba allí para reunirse con ellos y llevarlos con el abad Comgall. Dos hermanos de Iona, enviados por Colum-Cill, ¡era algo excepcional! Comgall rompió el sello de la carta y la leyó. De vez en cuando, miraba a los dos hermanos de Iona, y seguía leyendo. Tanto fue así que más tarde, Wando le comentó a Columbano que había leído la carta tres veces.

Cuando el abad acabó de leer, se incorporó y les dijo: “¡Me alegra recibir a unos hermanos tan dedicados como vosotros en Bangor!” Inmediatamente, el abad confirmó su admisión con un abrazo y un beso a cada uno. El abad se giró hacia su asistente, Disibodo y le dijo: “Lleva a Columbano y a Wando a una de las celdas más pequeñas. Después de una larga travesía marítima, una buena siesta en un colchón de paja les recargará de energía antes de la cena. Pero si siguen durmiendo cuando suene la campana, no les despiertes. Mañana por la mañana llévalos a la iglesia y a desayunar. Les ayudarás durante los próximos tres días.”

Disibodo estaba encantado de que se le encomendara el cuidado de estos hermanos tan aventureros. Cuando los tres salieron, les explicó: “En las celdas más pequeñas duermen cinco, y hay celdas para doce y para veinte personas. ¡En estas podríais escuchar los ronquidos! Hay cerca de ochocientos hermanos aquí, dentro del monasterio son cerca de seiscientos, y el resto viven fuera. En mi celda, hay dos camas libres, suficiente para ambos.”

Después de que Disibodo les explicara el funcionamiento del monasterio con todo lujo de detalles, llegaron hasta lo que parecía un «panel de abejas» compartieron leche y pan una vez más, y se durmieron profundamente mientras el sol aún brillaba afuera. Ni siquiera escucharon cuando sonó la campana para la cena y ni se

inmutaron cuando por la noche, entraron todos los hermanos a dormir a sus celdas.

A la mañana siguiente, Disibodo despertó a los jóvenes monjes y se sentó entre los colchones de paja. Los primeros rayos de sol se colaban a través de una pequeña abertura en la pared. “Pronto iremos a la iglesia todos juntos,” dijo Disibodo. “Bangor ha impuesto una «oración continua». Cerca de cien hermanos cantan y rezan durante tres horas. Todo se realiza tomando como referencia un reloj de arena, día y noche, en ocho turnos. Por ahora, podréis asistir como oyentes. Más tarde, desayunaremos en el comedor.”

Disibodo les dio una manzana a cada uno como forma de desearles buenos días. Después se dirigieron a la iglesia, construida en madera, donde había hermanos por todos lados. Muchos de los bancos de madera ya habían sido ocupados. Había enormes ventanales, en las que había ceras empapadas en aceite, pergaminos de papel fino... lo que le confería a la iglesia un tenue resplandor, y en el altar, había tres velas encendidas.

Uno de los cantantes del coro comenzó con un preludeo en forma de salmo y cientos de voces se unieron a él en un coro. Se alternaban en cuatro grupos y luego uno de los hermanos cantaba un solo. Disibodo les dio a cada uno un pergamino en forma de folleto para que pudieran seguir página tras página las letras de las canciones del coro. Columbano y Wando estaban conmovidos, nunca habían escuchado una música tan conmovedora.

“No os preocupéis, en un mes, lo habréis memorizado todo,” dijo Disibodo. “A base de repetición, uno desarrolla la memoria. Durante una semana vendréis aquí para el canto matinal. Luego volveréis a media mañana, y otra vez durante una semana, y así continuareis hasta que hayan acabado los turnos de mañana y noche. Nuestro abad suele decir: «La oración continua no solo irradia devoción por toda Irlanda, sino también en todo el mundo».”

Así es como Columbano y Wando participaron en la vida monacal junto con otros ochocientos monjes, primero en el coro, después como escribas, y finalmente trabajando en el campo; o incluso ayudando en tareas como extraer la turba para calentarse durante el invierno.

Las celebraciones de temporada eran muy especiales: en Navidad, la iglesia se decoraba con velas de cera y el coro sonaba como nunca antes. Desde el altar, el abad Comgall leía la historia de la Navidad del libro de Lucas. Al día siguiente, tres monjes ancianos hacían lo mismo pero sobre lo que les aconteció a los tres reyes magos en Belén. Y entonces el coro comenzaba a cantar.

*En esta noche ha nacido,
El hijo de la virgen María.
Ya ha llegado a poner los pies en la Tierra.
El Cielo y la Tierra resplandecen por Él
Las montañas se iluminan por Él
Los valles brillan por Él.
El rugido de las olas anuncia:
Cristo ha nacido.*

El 6 de enero como es tradición, se celebra la fiesta en conmemoración del bautismo de Cristo en el río Jordán. Se extrae un cubo de agua de un pozo, se bendice con la cruz celta y se coloca sobre el altar. Después, se canta el himno al agua:

*Alabada sea el agua del Cielo,
Alabados sean la lluvia y el rocío,
Alabados sean océanos y ríos,
Alabados sean los pozos y manantiales,
Te veneramos, Señor,
Rey del Sol,
Hiciste de la Tierra tu hogar,*

*Así como la luz del mundo
¡En las aguas del Jordán!*

En Viernes Santo, se apagan todas las velas, el coro deja de cantar y con leña seca se prepara la hoguera para conmemorar la Pascua. La leña se apila en forma de cruz en los alrededores del monasterio. A medianoche, encienden la hoguera y los monjes empiezan a cantar con júbilo. La canción para celebrar la resurrección resuena con fuerza:

*¡Cristo ha resucitado!
Se ha levantado, redimiendo el fuego,
Que hace arder la leña.
Cristo bautiza la Tierra
Con su sangre.
¡Ha transformado la oscuridad
En una nueva creación, un nuevo comienzo!*

Mientras los monjes cantan, los estudiantes del monasterio arrojan ramas, piñas y flores para avivar las llamas de la hoguera mientras se regocijan: “¡Cristo ha resucitado!”

Columbano y Wando disfrutaron de la hoguera, les entusiasmaron las tradiciones de Semana Santa. “En Iona solo encendíamos una vela para la Pascua, era una celebración más austera,” dijo Wando.

En otoño, a finales del mes de septiembre, cuando las hojas caen de los árboles y el frío y la oscuridad acortan los días, en el monasterio se celebraba la festividad de San Miguel con canciones que recordaban al arcángel Miguel, conocido como «matadragones»:

*El arcángel Miguel, sobre un caballo blanco
Con brillante armadura,
Se dispone a derrotar al dragón,*



*Vencedor de las alturas,
¡Guardian del cielo!
Contra los espíritus de la oscuridad
Te has arrojado al abismo
San Miguel, conquistador
¡Danos coraje!*

Columbano y Wando se sorprendieron de lo que vieron cuando salieron de la iglesia. Afuera, bajo el sol radiante, un jinete se acercaba galopando sobre un caballo blanco, llevaba una túnica blanca, e iba ataviado con casco, un escudo, una espada y una lanza que resplandecían con el sol. De repente, apareció un dragón y un grupo de niños salió corriendo a su encuentro. Doce monjes portaban una enorme tela con una cabeza de dragón tallada, los dientes le chasqueaban, y entre los gritos y el ruido, los monjes le golpeaban en la cabeza con ramas de avellano. Finalmente, el jinete clavó su lanza en la boca del dragón, que terminó cayendo al suelo. ¡El dragón había muerto! Para regocijo de todos, los monjes a los que se había golpeado con las ramas de avellano, salieron de debajo de la tela, frotándose las manos y rascándose la cabeza. El jinete que simulaba a San Miguel se alejó cabalgando, con la lanza en alto.

Mientras los monjes cantaban una y otra vez para celebrar la victoria, algunos de ellos regresaron al interior de la iglesia. “Ahora el abad Comgall nos contará cómo se celebraban días como este en la época de los celtas, antes de Cristo,” le dijo Disibodo a Columbano.

La cabeza tallada de dragón se puso en un pedestal delante del altar, el abad se acercó y vio la cabeza a sus pies. Cuando dejaron de cantar, Comgall empezó a hablar: “Nuestros antepasados, los celtas, celebraban la victoria del sol, la luz que ilumina el mundo, sobre las oscuras noches del invierno. En primavera, cuando todo florece, celebraban la resurrección de la naturaleza. En el calor del verano,

mostraban su gratitud por las frutas y el grano que para ellos era un regalo del Sol y de la Tierra. En el tardío otoño, se fortalecían frente al fuego de la chimenea para ahuyentar a las fuerzas oscuras y a los demonios del invierno. En las épocas de oscuridad, se refugiaban en la luz del manto estrellado de la noche.

“Cuando los druidas celtas sintieron en lo más profundo de su ser, los hechos que acontecieron en Palestina y cómo Cristo vino a la Tierra como el salvador de nuestro mundo para ayudar a los



seres humanos en su lucha contra la oscuridad, las celebraciones cambiaron. Ahora podemos acercarnos a Jesucristo, a su luz, su amor y su hermandad. San Miguel es su mensajero celestial, quien nos dejó esta enseñanza: ¡Donde no hay lucha, no hay victoria!”

Aquella noche, cuando todos descansaban ya en sus camas, Columbano le comentó a Wando: “¿Te acuerdas de cuando tuvimos que lidiar contra la fuerza de las olas en la gruta de Fingal? ¡Eso también fue una dura pelea!”

Wando agregó, “Cuando nuestras voces se superpusieron al ruido de las olas del mar en la oscuridad, nuestra única arma era la fuerza de nuestra voces.”



Una llama prende en mi interior

Pasaron los años, y Columbano y Wando continuaron viviendo en el monasterio de Bangor. Algunas veces visitaban otros monasterios y también viajaban a lugares más aislados donde la gente agradecía que los monjes fueran a ayudarles, les consolaban en su dolor y les respondían sobre las cuestiones de la vida y la muerte. Los monjes solían viajar a pie y allí donde iban eran recibidos como invitados de honor. De esa manera, transcurrió el tiempo y pasó una década.

Un día, cuando regresaban de un largo viaje, los monjes se enteraron de lo que había acontecido durante todo el tiempo que habían estado fuera: el abad Comgall había muerto y en su lugar, le sucedería el sabio Otbert. Además, dos jóvenes monjes vendrían al monasterio de Bangor desde Franconia. Desde hacía tiempo, Columbano y Wando, junto a otros hermanos, estaban intentando estudiar fránico porque Colum-Cill había predicho que viajarían a Franconia algún día.

Gracias a la perseverancia de Columbano, poco a poco consiguió reunir a una hermandad de doce monjes que compartían valores como la valentía y el entusiasmo, entre los que naturalmente se encontraba su apreciado amigo Wando, y algunos compañeros más como el leal Sigisberto, Eustasio, Ursicino o Potentius, y todos ellos, al menos, contaban con más de treinta años de edad.

De esta forma, en el monasterio empezó a comentarse que los doce monjes querían viajar a tierras extranjeras. Un día, mientras Columbano se encontraba en el *scriptorium*, un joven monje llamado

Attala se le acercó y le dijo: “Querido Columbano, sé que soy más joven que el resto de los hermanos que viajarán contigo a Franconia, pero hay algo que arde en mi interior y que me dice que tengo que irme con vosotros. Muchas noches, me despierto y escucho una voz que me dice: ¡Ve con ellos! Sin que los demás se enterasen, uno de los hermanos me ha enseñado fránico durante todo este tiempo, incluso me he aprendido el «Padre Nuestro» en esa lengua, con lo que leí de uno de los pergaminos. Columbano, bien sabes que Cristo eligió un discípulo al que permitió caminar con Él. Permíteme que viaje con vosotros, ¡te lo ruego!”

Columbano miró a Attala y vio que las lágrimas comenzaban a inundar sus ojos, así que le dijo: “Hoy he tenido noticias de que Walbert, uno de los hermanos que iba a acompañarme, se ha roto una pierna ayudando a construir una casa por lo que no le será posible viajar durante mucho tiempo. El destino ha hablado, ¡estaremos encantados de que vengas con nosotros!”

A pesar de las lágrimas, Attala suspiró aliviado y agradecido, y cuando por fin recuperó el control de sus emociones, casi en un susurro, le dijo: “Perdí a mi padre cuando aún era un niño. ¿Podría llamarte padre?”

“Pensaré en ti como en mi hijo,” contestó Columbano mientras lo abrazaba.



La travesía hacia Franconia

Un enorme barco de vela dejó a Columbano y a los doce hermanos en Franconia. Se trataba de un carguero que llevaba cuero y pieles que eran muy apreciados en la zona. El capitán del barco era un hombre devoto y para él había sido un privilegio que Columbano y el resto de hermanos viajaran en su barco, así que los monjes solo tuvieron que llevar su propia comida para la larga travesía por mar. Había días y noches en los que el viento soplaba a favor, y otras veces el barco apenas avanzaba.

Una mañana cuando habían llegado mar adentro, Columbano subió a la cubierta, donde solo había un hombre al timón. Como el viento no soplaba el mar estaba en calma y el sol naciente del este se reflejaba en el agua. Columbano se sentó y fijó la vista en las nubes ardientes, mientras los colores se volvían dorados, su alma se liberaba. De pronto, una forma grandiosa se le apareció envuelta entre los rayos del sol. Entonces Columbano lo supo: ¡San Miguel!

Y unas palabras se forjaron en su pensamiento: “Columbano, sobre Franconia se cierne una gran oscuridad, ¡lucha, construye, y proclama! ¡Yo estaré contigo!” Y tal como había aparecido, la visión se desvaneció entre los rayos del sol. En ese momento, Columbano estaba tan exaltado con esa luz tan cálida que no se percató cuando el resto de hermanos subieron a cubierta. Solo cuando empezaron a cantar al amanecer y una brisa fresca movió las velas, volvió a la realidad.

Attala se dio cuenta de que Columbano no cantaba con los demás y que tenía la mirada perdida a lo lejos. “¿Qué le pasa a Columbano? ¿Está preocupado por algo?” le preguntó a Wando.

“Déjale, aunque está con nosotros su alma está muy lejos de aquí.”

Tras un largo viaje, al fin avistaron la costa en el horizonte pero una intensa tormenta les esperaba antes de llegar a tierra. Todas las velas se plegaron, aunque eso no impidió que el barco diera bandazos debido a la fuerza de las olas, de una forma tal que estremeció hasta el último centímetro de piel de los marineros.

Cuando la fuerza de las olas rompió en la nave, el agua empezó a brotar a borbotones desde el interior del barco, así que los hermanos ayudaron a achicarla junto a una cadena de hombres que subían el agua en recipientes de cuero hasta la cubierta para vaciarla en el mar.

En todo ese tiempo, Columbano permaneció en la cubierta sujetando el mástil con uno de los brazos. Gallus que se había percatado de la situación, le dijo a Wando: “¿Columbano está apaciguando con sus palabras las olas de la tormenta! ¿Puedes oír cómo se comunica?”

“Quizá solo esté ejercitando la voz con la tormenta, aprendimos a hacerlo en Staffa.”

Cuando la tormenta amainó y alzaron de nuevo las velas, el capitán aconsejó a los marineros que dirigieran el barco estando pendientes siempre de la costa, para no acercarse demasiado ya que había rocas y bancos de arena que podían ser peligrosos, que a menudo eran imperceptibles, ya que están bajo la superficie.

La costa fue haciéndose cada vez más llana, cuando los marineros divisaron unas calas tranquilas con barcos de pesca, decidieron atracar y así aprovecharían para llenar los barriles de agua potable que ya estaban casi vacíos. Allí estuvieron durante tres días, que fue el tiempo que se le concedió a la tripulación para descansar.

Columbano aprovechó ese tiempo para dirigirse a la orilla con Wando y Gallus, donde fueron bien recibidos en la cabaña de uno de

los pescadores. El viejo pescador les contó que en esa tierra gobernaba el rey Guntram, que tenía la corte en Aurelianum (Orleans). Cuando se enteró, Columbano le dijo que deseaba visitar la corte del rey, pero el pescador le advirtió: “Entonces tendrás que dirigirte al sur, donde hallarás la desembocadura de un gran río. el Loira. Sigue río arriba y entonces llegarás a tu destino, Aurelianum.” ¡Qué buena suerte que los hermanos hubieran aprendido el fránico a su regreso a Irlanda!

Pasados tres días, el barco navegó hacia el sur, donde se encontraron con la desembocadura del río. Columbano y los demás hermanos dieron las gracias al capitán y a la tripulación y les bendijeron con el signo de la cruz celta, después desembarcaron.



Recorriendo Franconia

Los monjes irlandeses llevaban unas túnicas blancas y largas, anudadas a la cintura, capuchas que hacían a partir de lana de oveja y camisas de lino. El corte de pelo era recto y corto por delante, y por detrás largo hasta los hombros. Además, para realizar el camino, cada uno había tallado su bastón de peregrino. Los habitantes de las aldeas salían de sus cabañas para escuchar el canto a su paso.

Cuando eso sucedía, los hermanos formaban un círculo para que todos pudieran escucharles. Attala había tallado una cruz que ponían en el centro. De esta manera, los hermanos se arrodillaban y Columbano alzaba su poderosa voz para recitar una oración en fránico y pedía a la gente que repitiera con él palabra por palabra y frase por frase. La gente se unía a la oración por propia voluntad, y Columbano les explicaba de forma simple cómo Cristo descendió de las alturas a salvar a la Tierra.

Conforme más subían río arriba, se encontraban con personas que se hacían llamar a ellos mismo cristianos, que con mucho gusto invitaban a los hermanos a sus humildes casas a tomar algo de comer y beber.

Algunas veces, los hermanos se quedaban unos cuantos días en una aldea y les contaban a la gente lo acontecido en Palestina. Muchos de los vecinos les llevaban a sus enfermos, ya que algunos de los hermanos podían aliviar el dolor, incluso curarles con sus propias manos. En otras ocasiones, en las aldeas y ciudades más grandes, se anunciaba la llegada de los monjes y se les comprometía a quedarse durante más tiempo, pero siempre iban a lugares donde se habían construido iglesias pequeñas y primitivas.



Encuentro con un cura de Franconia

Un día, cuando estaban realizando una ceremonia religiosa al aire libre, un cura de Franconia vestido con un hábito negro se acercó hasta Columbano. Como oyente había participado en la misa, y se dirigió a Columbano y al resto de hermanos: “Estimados hermanos venidos de las lejanas tierras de Irlanda, me ha gustado la ceremonia religiosa que habéis dado hoy. No era consciente de que las buenas nuevas de Cristo también se encontraban en tierras lejanas. Tengo mi pequeña iglesia no lejos de aquí, vayamos hasta allí y conversemos como hermanos.”

El cura echó a andar, mientras todos estaban sentados en bancos rudimentarios de madera. Columbano preguntó: “¿Cómo ha llegado el Cristianismo hasta aquí? Por favor, ¡cuéntenoslo!”

“Si viajas unos cuantos días río arriba, encontrarás una ciudad llamada Turones (Tours). Hace mucho tiempo, un cura llamado Martín vivió aquí. En su juventud, cuando aún era un oficial romano, fue bendecido con una visión espiritual de Cristo. Así que dejó a un lado las armas y se convirtió en sacerdote. Varios hombres se unieron a él, y como monjes y hermanos, crearon una comunidad. Así fue como el Cristianismo se instaló primero en la región del Loira hace unos doscientos años. Hoy la iglesia de San Martín es la sede del obispo Gregorio, quien fue nombrado por el Papa de Roma. Si viajáis más allá de Aurelianus, podréis ver la ciudad de Turones y podríais visitar al obispo, seguro que estará encantado de conocer a hermanos



llegados de una tierra tan lejana, pero ahora, decidme, ¿cómo se introdujo el Cristianismo en la remota Irlanda?”

Columbano dijo, “En la época en la que Jesucristo estaba en la Tierra, había sabios y padres espirituales en Irlanda, eran conocidos como *fili* o druidas y tenía el don de tener visiones espirituales. Cuando Jesucristo fue crucificado en Palestina, enterrado en el sepulcro y habiendo resucitado al tercer día, todos esos padres devotos y clarividentes pudieron sentirlo en espíritu, y así se lo transmitieron al pueblo irlandés. Así es cómo el Cristianismo se forjó en Irlanda mucho tiempo antes de que lo hiciera en Roma. Hoy en día, hay muchos monasterios cristianos en Irlanda. Poco a poco las escrituras y Evangelios también llegaron a Irlanda, y gracias a ellos podemos

profundizar en nuestro conocimiento sobre el Cristianismo, por eso ahora nos gustaría acercar ese mensaje a los lugares y tierras remotos que aún no lo conocen.

Cuando Columbano acabó de hablar, Gallus y los demás comenzaron a cantar un canto de anunciación, Attala alzó la cruz celta, y el sacerdote comenzó a llorar de alegría. “Queridos hermanos del Norte, ¡qué vuestro mensaje y confianza en la fe se una con la de los hermanos del Sur! ¡Qué la oscuridad que reina en las almas de nuestras tierras se torne cada vez más hacia la luz de Cristo! Ahora veo con claridad que vuestro camino debe conducirnos al obispo Gregorio en Turones. ¡Irlanda y Roma deben tenderse la mano una a otra!”



Con el obispo Gregorio

Tras unos cuantos días de viaje, Columbano y la hermandad de monjes llegaron a la ciudad de Turones. Las puertas de los muros de la ciudad permanecían abiertas y el vigía dejó que los monjes entraran en paz sin ser molestados. En el mercado conocieron a algunos sacerdotes vestidos con túnicas negras. Columbano habló con ellos y les preguntó dónde podrían encontrar la casa del obispo. Uno de ellos observó al grupo de monjes vestidos con hábitos blancos con cierta expresión de perplejidad. “Yo soy un sirviente de la casa del obispo. Os conduciré hasta allí y anunciaré vuestra llegada... ¿Qué debo decir?”

“Somos una hermandad de monjes de Irlanda y hemos viajado hasta tierras lejanas porque nos gustaría colaborar en la difusión del Cristianismo en Franconia. Mi nombre es Columbano.”

El sirviente que también era un religioso, los llevó hasta una impresionante casa de piedra, cerca de una pequeña capilla, como nunca habían visto en Irlanda. El hombre les invitó a sentarse y les dijo que esperaran en el vestíbulo, mientras se alejaba escaleras arriba. Regresó muy pronto y les dijo: “El obispo Gregorio os verá ahora, os ruega que dejéis todos vuestros bastones aquí abajo.”

Así fue como dejaron los trece bastones tallados en el suelo, pero Columbano le insitió a Attala: “Deja que al menos llevemos la cruz celta con nosotros.” Cuando subieron las escaleras, les llevaron a través de un portal abierto, los hermanos nunca antes habían pisado una alfombra, y sentían como sus pasos eran suaves y silenciosos.

Una vez dentro, el obispo Gregorio les esperaba en una silla tallada hasta el último detalle. “*Salute in nomine Domini,*” les dijo en latín. “¡Bienvenidos seáis en el nombre de Dios!”

Los hermanos irlandeses permanecieron de pie formando un semicírculo, Attala fue el único que se quedó en el centro con la cruz celta, mientras que Columbano se quedó justo en frente. “*Salve in nomine Christi,*” respondió Columbano. Inmediatamente, todos los demás hermanos repitieron el saludo en latín e inclinaron la cabeza.

El obispo no se esperaba que aquellos extranjeros supieran latín, y desde ese momento, relajó los músculos de la cara, que tenía en tensión, y tuvo un trato más amistoso. El obispo Gregorio observó a aquellos hombres hasta el último detalle y se dio cuenta de que era evidente la dura vida que llevaban como monjes. “¿Qué os traído a emprender tan largo viaje hasta aquí?”

“Todos nosotros hemos llevado una vida humilde en monasterios cristianos, dedicados a la revelación de Cristo,” contestó Columbano. “Un sabio vidente llamado Colum-Cill, abad del monasterio de Iona, me reveló que cuando encontrara a doce valientes hermanos, emprenderíamos un viaje a través de los mares para llevar el mensaje de Cristo hasta tierras paganas. Ahora estamos llevando a cabo la misión que nos ha sido encomendada, vamos a seguir viajando hacia el este donde el Cristianismo aún no haya llegado. Honorable obispo, ¿podría aconsejarnos sobre nuestro próximo viaje?”

“Creo que estas, las tierras bañadas por el Loira, no son el lugar indicado para que os quedéis. Por orden expresa del Papa, yo soy el encargado de la Iglesia Romana en esta zona. Pero más hacia el este y el norte de Franconia, el Cristianismo apenas ha llegado. El rey Gontrán gobierna esta zona desde el centro de Aurelianum. Podríais quedaros allí durante unos cuantos días, él podría mostraros algunos lugares a donde llevar vuestro mensaje. ¿Es lo que proclamáis con los Evangelios y la Oración del Señor?”

“*Pater Noster qui es in coeli...*,” comenzó a recitar Columbano a modo de respuesta.

El obispo no había escuchado nunca aquella oración recitada de una forma tan hermosa, y mientras escuchaba embelesado, se dio cuenta de que los irlandeses sostenían un cruz rodeada por un anillo. “En la Iglesia Romana, llevamos una cruz simple como la de la crucifixión del Calvario. ¿Qué significa esa cruz con un anillo?”

“Añadimos el anillo redondo como lo es el Sol para simbolizar la Resurrección. Estimado obispo, ¿podríamos cantar una canción de Pascua para usted?”

El obispo aceptó, y con determinación en la voz empezaron a cantar una canción que encarnaba la alegría de la Resurrección. Sin embargo, junto con la euforia una sensación de inquietud pasó por su mente. ¿Cómo iba Roma a aceptar este tipo de Cristianismo tan arraigado entre los irlandeses? Pero entonces pensó que este solo era un camino diferente para llegar a Cristo: *Dejémosles seguir su camino en paz.*



Visita a la iglesia de San Martín

El obispo se puso de pie y les ofreció a los monjes una cálida invitación para quedarse a cenar con los monjes de su monasterio. Cuando se sentaron a la mesa, Columbano le dijo al abad: “No nos gustaría marcharnos de esta ciudad sin haber visto la iglesia y la tumba de San Martín, ya que nos gustaría realizar una misa conmemorativa allí.”

El abad se ofreció a que alguien les llevara hasta el lugar. El monje que les acompañó les dijo: “Gracias al obispo Gregorio, se venera la tumba de San Martín, al principio solo había una humilde capilla construida en madera que cubría el sepulcro, pero empezaron a ocurrir curaciones y milagros, y nuestro obispo fue capaz de inspirar al pueblo para construir una nueva y majestuosa iglesia. Se consagró hace un año.”

De esta forma, Columbano y el resto de hermanos se dirigieron juntos a la nueva iglesia, sus himnos y canciones resonaron por todo el santuario. Por su parte, Columbano se detuvo durante un momento en el sepulcro de San Martín, rezó y le pidió orientación espiritual para toda la hermandad mientras continuaban el camino que se les había encomendado.



El consejo del rey Gontrán

Los monjes reanudaron su camino y cuando llevaban unos cuantos días de viaje, aparecieron dos jinetes armados. Con mucha curiosidad por ver al extraño grupo de personas que se acercaba hacia ellos, se bajaron de los caballos. Tan pronto como Columbano se dio cuenta de que pertenecían a la corte del rey Gontrán, les dijo: “Por favor, decidle a vuestro rey que nos gustaría concertar una audiencia con él mañana. Nos gustaría que nos aconsejara para saber donde podemos servir de ayuda para él y su pueblo.”

Columbano les contó algo sobre dónde provenían, aquellos jinetes nunca habían escuchado hablar de una tierra tan lejana como Irlanda. Se habían quedado muy impresionados por la presencia espiritual de Columbano, y le hicieron la promesa de que informarían con buenas palabras a su rey.

Cuando los jinetes se alejaron, Columbano se dirigió a sus hermanos: “El cielo los ha enviado hasta nosotros, ahora estoy seguro de que Gontrán nos recibirá con una calurosa bienvenida.”

Pronto, pudieron ver las torres y muros de Aurelianus. Cuando se encontraban en las puertas de la ciudad, Columbano le pidió a uno de los guardias que los escoltara hasta la presencia del rey. Por el camino, en aquellas calles estrechas, la gente se quedaba mirando a aquellos trece hombres con sus grandes bastones, que ya tenían un gran camino detrás. Varios soldados armados montaban guardia en la entrada del impresionante castillo.”;Los mendigos no pueden entrar aquí!” les dijo uno de los guardias casi a ladridos.

“El rey nos espera,” contestó Columbano. “¿Podríamos hablar con el oficial a cargo?”

Pasó un buen rato hasta que el oficial mayor del castillo apareció. “Dos caballeros nos dieron noticias sobre vosotros,” se dirigió a Columbano con tono amable. El oficial condujo a los hermanos al interior del patio. “Solo tres de vosotros podrán tener una audiencia con el rey, el resto de hermanos deberá esperar aquí.”

Columbano decidió que Wando y Gallus le acompañaran, y el oficial les llevó ante Gontrán. La sala de recepciones era más austera que la del obispo Gregorio. El rey les esperaba sentado en una mesa de roble e invitó a los monjes a que tomaran asiento también. Un sirviente llenó de vino las copas que estaban sobre la mesa. Columbano inició la conversación transmitiendo un cordial saludo por parte del obispo Gregorio. “Contadme cosas sobre vuestro país de origen, ¡con esos maravillosos perros pastores!” dijo el rey de repente. Esos perros son muy apreciados en Franconia.

Columbano describió la isla y le habló de los prados verdes, la costa y las montañas. También le habló sobre los cuatro reinos y de la función de los monasterios que irradiaban paz, de tal manera que casi no había peleas o guerras en la isla. No se olvidó tampoco de Columcill de quien le contó cómo le había encomendado esta misión para ir junto con el resto de hermanos a los lugares más remotos de Franconia y Germania para hacer llegar el mensaje de Cristo. Para ello, le gustaría construir monasterios en esas tierras para que los jóvenes pudieran estudiar allí.

El rey Gontrán dijo, “Me alegra recibirte a ti y a tus hermanos en mi tierra. ¿No os gustaría estableceros aquí en Aurelianus y construir un monasterio?”

“Rey Gontrán, es muy amable, ¡y le agradecemos su hospitalidad! Pero según nos informó el obispo Gregorio, la Iglesia de Roma ya ha llevado el mensaje de Cristo a su pueblo así que nuestra aspiración es llegar hasta los lugares más aislados donde aún no conozcan el

mensaje de Cristo, y por lo que sabemos aún quedan lugares así en su reino, por lo que estaríamos muy agradecidos si pudiera guiarnos en la dirección correcta.”

El rey Gontrán se quedó pensando durante un instante, y entonces les sugirió: “Deberéis continuar unos cuantos días viajando hacia el noroeste, cerca de la cordillera de los Vosgos, allí encontrareis una región construida y gobernada por los romanos, que más tarde fue destruida por los hunos. Una de las ciudades se llama Anagrates, donde se instalaron muchos paganos tras el ataque. Allí podréis llevar vuestro mensaje. Pero antes de eso, me gustaría pedir os que paséis algún tiempo en mi corte, y conocer más sobre la sabiduría irlandesa. Mi ayuda de cámara os ofrecerá comida y alojamiento.”

Tal y como había dicho, el rey se dispuso a llamar a su ayuda de cámara y este les guió hasta los otros hermanos para ofrecerles una recepción con vino. Columbano no podría haber esperado una recepción mejor, y los monjes cantaron una alegre canción irlandesa a modo de agradecimiento.

Los monjes disfrutaron de la hospitalidad del rey Gontrán durante unos días, hasta que decidieron proseguir con su viaje.



Las intriñas de Bruneçilda

Acompañados por dos caballeros y tras un arduo viaje que duró varios días, Columbano y los hermanos por fin llegaron a Anagrates. En el espeso bosque, lejos quedaban los vestigios de lo que un día fue la colonia romana, cubierta de hierba, arbustos y hiedra. Los granjeros habían construido humildes cabañas en zonas cercanas a los campos y prados. Aún seguían adorando a los antiguos dioses. Habían castillos solitarios por doquier, y los caballeros tenían la orden de dirigirse a todos ellos y anunciar que los monjes irlandeses disfrutaban de la protección del rey Gontrán y por tanto, deberían ser tratados con amabilidad y respeto.

Para los hermanos todo aquello significaba empezar a construir en Anagrates desde la nada. Afortunadamente, algunos señores feudales enviaron herramientas y jóvenes como mano de obra. Construir el primer monasterio llevó a los monjes mucho trabajo pero pudieron acabarlo justo a tiempo para protegerse del frío invierno. También construyeron una pequeña escuela donde llegaron alumnos desde lugares lejanos, que también colaboraban en las tareas de construcción del resto de edificios. Cuando todo empezó a estar un poco más avanzado, Columbano se dio cuenta de que ya era posible enviar misioneros. Entonces, algunos de los hermanos se dirigieron a granjas y aldeas cercanas para difundir el Evangelio. Poco tiempo después, Columbano se dirigió al rey Gontrán y le pidió permiso para construir un segundo monasterio, más grande que el anterior. Así le concedieron una tierra fértil cerca de Luxeuil.

Un día un monje llamado Cagnoaldo de Laon acompañó a Columbano hasta allí, durante el camino, Columbano se sentó a descansar y Cagnoaldo se apartó un poco para no molestar a su maestro. ¡Cual fue su sorpresa al ver cómo las aves revoloteaban alrededor de Columbano y se posaban en su hombro! Incluso una ardilla saltó a su brazo y dejó que este la acariciara.

En Luxeuil, algunas veces alguno de los hermanos más jóvenes tenían problemas para adaptarse a la vida austera del monasterio. A Columbano le gustaba llevarlos a un retiro tranquilo que él mismo había construido cerca del monasterio para quedarse con ellos durante algunos días, los trataba como un padre cariñoso y rezaba por ellos hasta que se sintieran seguros de sí mismos, pero si los jóvenes sentían que no pertenecían a ese lugar, entonces Columbano les dejaba ir en paz, la libertad era siempre lo primero.

Cuando Columbano recibió la triste noticia de la muerte del rey Gontrán, que había dejado el reino sin heredero natural, decidió marcharse junto a Gallus a visitar a Childeberto, sobrino del rey y por tanto, quien se convertiría en el nuevo monarca.

Por su parte, Childeberto había escuchado solo cosas buenas sobre Columbano y sus hermanos, así que le recibió con una calurosa bienvenida. Debido a que los dos hijos varones del rey no habían sido instruidos y apenas sabían leer y escribir, Childeberto le dijo a Columbano: “Me gustaría que mis dos hijos fueran a tu escuela en el monasterio, me gustaría que les enseñaras cosas útiles que puedan servirles como príncipes de mi reino.” Así ordenó a su ayudante de cámara que trajera a los jóvenes, que en ese momento, estaban saltando con los caballos.

El mayor, Teodoberto, tenía catorce años y Teodorico era solo un poco más joven. Mientras el rey hablaba con Columbano y Gallus, lavaron a los dos jóvenes príncipes y los vistieron con ropa limpia. A todo esto, Columbano no podía dejar de pensar: *Un maestro de príncipes, ¡es mucho más de lo que había podido imaginar!* En ese momento,



Columbano aún no era consciente de las intriga de Brunegilda, la abuela de los príncipes, pero estaba celosa de Columbano porque su hijo, Childeberto, había confiado en Columbano y en su consejero antes que en ella.

Siempre que los dos jóvenes príncipes pasaban tiempo en la escuela del monasterio en Luxeuil, Columbano les prestaba una atención especial: les enseñaba a descubrir la belleza de la naturaleza, por ejemplo, admirando la construcción de un nido de pájaro, o a leer y a escribir con plumas de ganso y tinta de color, e incluso aprendieron un poco de latín. No obstante, se divertían más con la aritmética, aprendiendo con juegos de números y dibujando formas geométricas. Columbano se las ingeniaba para acercarlos diferentes áreas de la vida, y los príncipes le querían por eso. Además, Attala

solía cantar con los jóvenes en el coro o se inventaba concursos y juegos deportivos en el bosque para ellos, y todo el mundo se lo pasaba en grande. “Cuando estéis aquí, olvidad que sois príncipes, aquí todos somos iguales, aquellos que aprenden a obedecer, serán mejores gobernantes después,” les decía Columbano.

Todo parecía ir como la seda en Luxeuil, hasta que un día llegaron malas noticias procedentes del reino. Childeberto, el padre de los príncipes había muerto solo tres años después de ocupar el trono. Brunegilda, ávida de poder, vio que había llegado su momento, su intención era gobernar parte del reino en regencia de Teodorico, que aún era demasiado joven.

Aquel que se atreviera a interponerse en su camino, sería eliminado rápidamente, ya fuera mediante el engaño, el veneno e incluso la muerte. El obispo de Lyon se atrevió a denunciar sus crímenes y ella hizo que sus soldados lo lapidaran hasta la muerte. Pasado el tiempo, ni siquiera soportaba el hecho de que el joven Teodorico fuera a visitar a su antiguo maestro, Columbano. Por ese motivo, un día Columbano visitó a Brunegilda en el castillo, pensó que eso serviría para que ella enterrara su odio hacia él.



Columbano pide consejo a los hermanos

Cuando Columbano regresó de visitar a Brunegilda, reunió a todos los hermanos para explicarles la situación. “Cuando me acercaba al castillo de Brunegilda, hicieron sonar un cuerno, un guardia anunció mi llegada. De pronto, apareció ella con tres niños pequeños, todos hijos de Teodorico aunque no estaba casado, y me dijo: «Antes de hablar contigo, tendrás que darles a estos niños la bendición del bautismo.»

“No iba a permitir que nadie me obligara, así que le contesté que no. Pareció como si una serpiente venenosa la poseyera, escupió a mis pies y gritó: «¡Maldito irlandés! ¡Vuelve a Irlanda, que allí es a donde perteneces!»

“La miserable mujer montó en cólera y en el interior del castillo, fue dando portazos. Uno de los guardias me hizo señas para que me esfumara de allí o podría sucederme algo terrible. Por eso, creo que nuestros problemas solo acaban de empezar.”

Columbano observó los rostros de preocupación de los hermanos. “El diablo ha encontrado en Brunegilda un instrumento del mal contra nosotros y nuestra misión, no nos va a dejar tranquilos pero, ¡debemos permanecer firmes en nuestras convicciones!” dijo Gallus.

Entonces, Columbano sacó un pergamino del bolsillo y dijo: “Tengo algo más que contaros: los obispos de la Iglesia Romana me han llamado a reunirme con ellos. Parece ser que están indignados porque celebramos la Pascua de resurrección un domingo de luna



llena según la tradición irlandesa y ellos lo celebran una semana más tarde. Nos piden que cambiemos nuestro calendario al de las directrices de Roma. ¿Debería ir? Yo mismo me lo planteo, y enseguida Wando y Gallus le aconsejaron que no.

“Por este motivo, escribí una carta a los obispos que enviaré con un mensajero. La carta dice así: *¡Dejad que vivamos en armonía con vosotros y conforme al amor de Cristo! Dejadnos nuestro espacio a vuestro lado en Galia, solo se nos prometió un único y mismo reino a todos, y nosotros compartimos la misma esperanza que vosotros, la fe en Cristo.*”

Los hermanos se mostraron unánimes con la posición de Columbano. “Es cierto que Brunegilda ha suscitado dudas entre los obispos con falsas acusaciones contra nosotros, y estoy seguro de que nos causará aún más sufrimiento,” puntualizó Wando.

Eso fue exactamente lo que ocurrió, Brunegilda presionó al joven rey Teodorico, hasta que ella consiguió ordenar a los soldados que sitiaran el monasterio, así los monjes no tenían forma alguna de salir al campo y recolectar alimentos.

Por este motivo, Columbano y Wando viajaron a pie al encuentro del joven rey. Así relató Columbano el viaje al resto de hermanos: “A medida que entramos en el patio del castillo, y se avisó de nuestra presencia a Teodorico, los sirvientes salieron a nuestro encuentro con cántaros de vino y comida, me dejé vencer por la ira y grité: «¡No quiero comida ni bebida! ¡Dejadme hablar con el rey!» Y tiré el cántaro que cayó rompiéndose en pedazos sobre los adoquines. Entonces vino el rey, ordenó que apaciguara mis ánimos y entonces hizo llamar a un jinete para que regresaran todos los soldados del monasterio. Así fue como me di cuenta de que está completamente bajo la influencia de Brunegilda.”



Columbano en la prisión de Besançon

Durante los meses siguientes, los hermanos siguieron con una vida tranquila en el monasterio, pero tenían el presentimiento de que tanto Brunegilda como los obispos estaban tramando alguna maldad. Así fue como un día, llegaron unos soldados bajo órdenes de la corte oficial de Luxeuil e hicieron prisionero a Columbano.

Le hicieron creer que el rey tenía un mensaje para él, así que Columbano no opuso resistencia y se marchó con ellos, pero entonces lo trasladaron inmediatamente a la prisión del castillo de Besançon.

Le permitieron que tuviera a otro monje como sirviente y le dijeron que debería quedarse allí a la espera de una comunicación del rey. Columbano confió en su destino, los guardias le trataron con respeto y así pudo convencerles de que le dejaran visitar a otros presos encarcelados por haber cometido algún delito. Así, los escuchaba mientras le contaban su destino, los reconfortaba y rezaba con ellos. De esta manera, Columbano también pudo despertar la bondad que hay en cada ser humano. En algún rato libre, le permitían pasar tiempo en los grandes jardines tras los muros del castillo.

A medida que pasaban las semanas, y Columbano no recibía noticias del rey, un día le dijo al otro monje: “Voy a tomar las riendas de la situación. Cada mañana las puertas del castillo se abren durante un rato para que los soldados salgan a caballo, en nuestro paseo saldremos por la puerta y nos dirigiremos a Luxeuil, debo regresar junto con el resto de hermanos, y pase lo que pase después, lo afrontaremos con valor.”

A Columbano lo recibieron con júbilo en Luxeuil, pero la fuga de Besançon llevaría a Brunegilda y a Teodorico al límite. ¡No nos quedaremos de brazos cruzados hasta que Columbano y el resto de hermanos hayan abandonado nuestras tierras, tienen que marcharse a Irlanda cuanto antes!

Durante mucho tiempo, los obispos miraban con desconfianza el ferviente trabajo de los monjes extranjeros, se aliaron a Brunegilda y solo se dieron por satisfechos cuando desterraron a Columbano.



Destierro de Luxeuil

Un grupo de soldados hostiles fueron al monasterio con órdenes de apresar a Columbano y a los otros monjes para llevarlos hasta el río Loira, los monjes no fueron capaces de defenderse de la brutalidad de los soldados, y Columbano se consoló pensando en que era el destino que seguía su curso. En el río, condujeron a los monjes capturados hasta un enorme bote bajo estricta vigilancia. El bote seguiría el curso del río hacia el océano, allí tuvieron que esperar algunos días hasta que un barco pudiera llevarlos de regreso a Irlanda. Durante todo ese tiempo de espera, Columbano escribió una carta de despedida a los hermanos que habían dejado atrás, especialmente a Attala:

“Queridos hijos y alumnos, a los hermanos con una vida sencilla, a todos los monjes: ¡La paz esté con vosotros! Solo Dios sabe cuánto me preocupa vuestro bienestar y lo que daría por poder ver vuestros progresos en las Ciencias Sagradas. Cuando la aflicción y la persecución nos sobrevienen debido a nuestro amor a Dios, solo puedo pedirlos: ¡Permaneced firmes durante esta prueba!

“Bien sabéis que no emprendimos esta lucha por las cosas decrépitas o sin valor, lo hicimos por el Reino del Cielo. La gente que nos persigue no lo hace por propia voluntad, más bien es a causa de los malos espíritus que habitan en su interior que sienten celos de su riqueza

espiritual. Retomad las armas del espíritu, y con las flechas de la oración, señalad el camino hacia el Cielo.

“Me temo que el asunto sobre la celebración del domingo de Resurrección volverá a irrumpir vuestra calma, deberéis ser cuidadosos con vuestras palabras.

“En lo que a mí respecta, mi corazón sangra, mi alma se desgarrar, lo admito. Yo quería ayudar a todo el mundo y ahora están luchando contra mí sin motivo alguno.

“Querido Attala, al principio mi intención era escribirte una carta como el reflejo de mi tristeza, pero guardo todo mi dolor encadenado en el fondo del alma. Al fin y al cabo, no es propio de un valiente soldado llorar a las puertas de una cruenta batalla.

“Reconoced el motivo de la lucha, no subestiméis al poderoso enemigo, pero tampoco subestiméis la libertad de vuestra voluntad como seres humanos. Donde no hay enemigo, no hay lucha, donde no hay lucha, no hay victoria y donde no hay libertad, no hay honor.

“Mientras escribo estas palabras, me dicen que el barco que me llevará de regreso a Irlanda en contra de mi voluntad, está listo para zarpar, así que he de acabar la carta. El amor no sabe de orden, por eso mi carta es tan caótica. Con Dios de vuestro lado, seguid con la misión que se nos ha encomendado y haced que vuestros números se conviertan en miles de almas más.”

Así Columbano y el resto de hermanos, zarparon en un barco hacia mar abierto, el capitán ni siquiera les prestó atención, solo le habían pagado para llevar a esos prisioneros de regreso a Irlanda. Al cabo de unos días, se acercaron a unos peligrosos acantilados y bancos de arena de Bretaña. Una feroz tormenta los apartó de su rumbo y los

condujo a uno de esos bancos de arena, todas las vigas de madera del barco parecieron agrietarse, casi no había esperanza.

Columbano pensó que se trataba de un guiño del destino, al fin y al cabo ¡él no quería regresar a Irlanda! Mientras la tripulación estaba ocupada intentando reparar el barco, Columbano llamó a sus hermanos. “Estamos en tierra porque se han acercado demasiado a la costa.” Nadie trató de detenerlos. (Hoy en día, ese lugar es conocido como cabo Columbano). Los pescadores que habían visto el naufragio fueron hasta la costa para ayudarlos, así dieron de comer a los monjes y les dejaron secarse junto al fuego de sus cabañas.

“¿Qué haremos a partir de ahora?” Columbano empezó a hablar de eso con el resto de hermanos. “No podemos regresar a Luxeuil, pero si viajamos hacia el este, llegaremos al reino de Teodoberto, como bien sabréis se trata del buen hermano del terrible Teodorico. Debido a las intrigas de Brunegilda, los dos hermanos terminaron enfrentándose entre ellos, hasta convertirse en enemigos. Hace muchos años, Teodoberto fue uno de mis alumnos en Luxeuil, así que estoy seguro de que nos recibirá. El destino nos lleva hasta él, y su reino al este de Borgoña es grande. Para nosotros será una gran oportunidad de continuar con nuestra misión cristiana.”

Los hermanos estaban entusiasmados. Gallus le comentó a Wando: “Me he dado cuenta de que los pasos del hermano Columbano los guía el arcángel Miguel. Gratitud. Solo podemos ofrecerle nuestra gratitud después de esta aventura.”





La calurosa bienvenida del rey Teodoberto

Teodoberto era el rey del este de Borgoña, una zona que lindaba con Suiza. La ciudad donde vivía la ciudad fue llamada Mediomatricum (la actual Metz). Teodoberto había limitado cualquier contacto con su hermano y Brunegilda, así que cuando vio llegar a los monjes desterrados, los recibió con una inmensa alegría en su corte. Los trató como sabios y viejos amigos, y además todos compartían la misma opinión respecto a Brunegilda.

Tiempo después, el rey le preguntó a Columbano y al resto de hermanos si querían establecerse en su reino y construir un monasterio, a lo que ellos aceptaron encantados. Teodoberto les donó las tierras y les proporcionó trabajadores con caballos y carros para ayudar en la construcción, hasta que finalmente terminaron las obras y el monasterio resplandeció. Por aquella época, Columbano supo que más al este, en el sur de Germania y Helvetia, el cristianismo aún estaba muy poco arraigado entre sus pueblos.

Un día, cuando Columbano descansaba junto a un arroyo que fluía hacia el este, le preguntó a un pescador: “¿Hacia dónde va a parar el arroyo?”

“Sus aguas discurren hasta el río Mosela, es muy grande y suelen haber muchas embarcaciones, y a su vez el Musela desemboca en el Rhenus, (actualmente Rin) el río más caudaloso de la Tierra.”

Un día mientras Columbano conversaba en privado con Teodoberto, se decidió a preguntarle: “¿Tenéis un mapa del reino?”

Me gustaría saber donde se encuentra el río Rhenus.” El rey en seguida le proporcionó uno y le mostró los confines del reino de Borgoña. Entonces Columbano observó que efectivamente el Mosela desembocaba en el Rhenus. “¿Y dónde nace ese río?”

“Aquí empiezan las tierras que los romanos llamaron Helvetia, hay mucho lagos por allí y el más grande es donde desemboca el Rhenus, lo conocen como el lago de Constanza o Bodensee. La tierra es fértil, pero los pueblos de la zona aún adoran a antiguos dioses. En teoría, los misioneros irlandeses ya han estado allí,” contestó el rey mientras señalaba el mapa.

En el silencio de la noche, Columbano pensó: *Si el rey me prestara un buen bote de remos y remeros fuertes, podríamos seguir el curso del Mosela hasta llegar al Rhenus, y desde allí subir río arriba hacia el lago de Constanza para llevar el mensaje de Cristo hasta ese lugar indómito.*

Columbano fue contándoles su idea a los hermanos uno por uno, y les pidió que por el momento guardaran silencio hasta que el recién fundado monasterio de Mediomatricum se consolidara como un lugar de referencia para los cristianos, algo que tardaría tres años en suceder.

El rey Teodoberto se mostraba muy orgulloso del trabajo de Columbano y le pareció justo complacerle en sus deseos. Así fue como la decisiva conversación entre ambos tuvo lugar.

Había llegado la primavera, todo a su alrededor era una explosión de naturaleza y de vida. Columbano y Teodoberto aprovechaban para pasear por los jardines del castillo. “Columbano, desde que llegasteis aquí la devoción y la paz se han instalado entre la gente, el monasterio cada vez recibe a más nuevos hermanos y no sé cómo puedo agradeceréte pues ya sé que rechazas los bienes materiales.”

“Bueno llevo tiempo queriendo hacer algo, me gustaría realizar una vez más un viaje de descubrimiento por tierras paganas. Helvetia y el lago de Constanza son un propósito que llevo mucho tiempo en mente, pero probablemente seguirá siendo un sueño.”

Al oír estas palabras, el rey se paró en seco. “Será doloroso para mí verte partir, pero sé que forma parte de un profundo deseo que te conducirá a tu destino. Mis barcos de carga suelen navegar por el Mosela hasta el Rhenus, con hombres fuertes que remen, podríais ir contracorriente. De esa manera podrías llegar a Helvetia. Columbano, veré cómo puedo ayudarte, tú siempre has tenido que remar contracorriente durante toda la vida.”

Columbano se lo agradeció de corazón, sabía que el rey le ayudaría a cumplir su mayor deseo.



Remar contra viento y marea en plena tormenta

Y así fue, para el viaje de Columbano, Teodoberto puso a su disposición un barco resistente y grande con remeros fuertes. Esta vez sus compañeros de viaje, no serían los mismos con los que se marchó de Irlanda, algunos se quedarían en el monasterio con el rey, excepto Attala que vino de Luxeuil para unirse a Columbano, junto con Gallus, Sigisberto, Wando, Ursicinus y Eustasius.

El Mosela les condujo hasta el Rhenus a través de cientos de meandros por los valles de la montaña. Algunas veces los hermanos aliviaban la carga de los remeros. Durante la travesía, Columbano compuso un maravilloso himno en latín, que sigue vigente hoy en día:

*Hay un tronco cortado en el bosque, como una quilla en medio del río
Se mueve con la corriente del Rhine, ¡qué mala suerte!
Hey-yah! Alzad las voces con un hey-yah!*

*La tormenta aviva las olas, ya viene la lluvia,
pero los hombres reman con fuerza a pesar de la inclemencia.
hey-yah! Alzad las voces con un hey-yah!*

*No se inmutan, van hacia la tormenta, hacia la lluvia
Con mucho esfuerzo, impondrán su voluntad
Hey-yah! Alzad las voces con un hey-yah!*

Tened paciencia, ¡ya vendrán días de felicidad!
Habéis tenido días peores que este. ¡Dios se encargará de que acabe bien!
Hey-yah! Alzad las voces con un hey-yah!

Permaneced firmes, prestad atención a las artimañas del enemigo.
Defendedos con virtud y venceréis la batalla.
Elevad vuestros pensamientos hacia Cristo, y cantad aleluya.

Él, el rey bondadoso, el Todopoderoso, el eterno manantial,
Le muestra al guerrero la recompensa de un vencedor.
Elevad vuestros pensamientos hacia Cristo, y cantad aleluya.

Columbano bajó del barco en la región de Basileum (la actual Basilea), y la tripulación regresó río abajo, mientras envió a Ursicinus y a otro hermano a la montañosa región del Jura. Gracias a la ayuda de un guía, consiguieron llegar hasta el lago de Biel, y allí decidieron fundar un monasterio que hoy en día es conocido como monasterio de Saint-Ursanne. Por otra parte, Columbano y el resto de hermanos continuaron su camino, hasta el lago de Constanza, donde aún quedaban vestigios del cristianismo irlandés. En Brigantium (Bregenz) encontraron las ruinas de una iglesia, que más tarde decidieron restaurar. De esa forma, muy pronto la ciudad empezó a florecer y se construyeron nuevos monasterios, de hecho, debido al esfuerzo y la entrega de Gallus, hoy en día se conserva la abadía de Saint-Gall que fue llamada así en su honor.



Un sueño revelador bajo el roble

Un día, Columbano disfrutaba pasando un tiempo en compañía del monje Chagnoald. Mientras leía un pergamino, decidió parar a descansar bajo un roble y se quedó dormido. Se despertó de repente, con un gesto de terror en su rostro. “He tenido un sueño en el que los dos reyes se levantaban en armas y se enfrentaban en una batalla. Mi amigo Teodoberto, se tuvo que rendir y en consecuencia, ¡Teodorico venció!”

En efecto, se trataba de un sueño profético. Tiempo más tarde llegaron noticias de que la batalla de Zülpich había estallado (en el año 612). Sin embargo, ¿por qué Columbano se despertó con ese gesto de terror en el rostro? porque sabía que desde ese momento, el malvado Teodorico se haría con el poder de la región de Borgoña y de Helvetia, donde se encontraban entonces. ¿Debería regresar?

Un viejo pensamiento rondó por su cabeza: viajaría al sur y se dirigiría a Roma. Quizá aún tendría la oportunidad de hablar con el Papa sobre la paz entre Irlanda y Roma, y así reconciliar a los hermanos de norte y sur.

Columbano habló con los hermanos y les pidió que continuasen realizando su trabajo. Como siempre, Attala, Wando y Sigisberto viajaron junto a él. Durante su camino, en Oberrhein, conocida hoy en día como Disentis, dieron con muchas personas que aún no conocían el mensaje de Cristo, por lo que Columbano le dijo a Sigisberto: “Me apenan estas humildes personas de la montaña, quédate con ellos, construye un pequeño monasterio ¡y acércales el

mensaje de Cristo! Estoy seguro de que pronto encontrarás hermanos que te ayudarán.”

Sigisberto aceptó, y así Columbano, Attala y Wando prosiguieron el largo camino a través de los Alpes, donde recorrieron a pie el paso de Lukmanier en un viaje que duró varias semanas. Su primera parada sería en Milán donde Agilulfo, el rey lombardo, tenía su corte.



Un gran regalo

El rey Agilulfo había oído hablar del valiente Columbano y lo recibió con una calurosa acogida, sobre todo porque él tampoco coincidía en pensamiento con el Papa de Roma. Por su parte, Columbano permaneció en la corte durante algún tiempo; se decía que solía conversar en privado con el rey para que este conociera el Cristianismo más en profundidad. Un día le dijo al rey: “Me gustaría fundar un monasterio en el reino, podría ser en una región aislada o en las montañas.”

Por aquel entonces, un hombre llamado Jocundos visitó el reino y le dijo al rey que conocía un lugar aislado en la región de los Apeninos donde había una iglesia semiderruida dedicada al apóstol San Pedro. El lugar se llamaba Bobio, y se encontraba en el valle del río Trebbia, sin duda, era un enclave con muchas ventajas: la tierra era muy fértil y había pesca abundante. Siglos atrás el temido Hannibal había pasado allí una temporada con su poderoso ejército de camino a Cartago, en España, para enfrentarse a Roma.

“Esas tierras pertenecen a mi reino, Columbano tanto esos latifundios como la vieja iglesia son tuyos a partir de ahora,” dijo el rey.

Poco tiempo después, los hermanos se dirigieron a la pequeña aldea junto al Trebbia. Allí fundaron el monasterio de Bobio, el último que Columbano ayudaría a construir, ya que tenía cerca de setenta años. Pronto el monasterio recibió a muchos alumnos y la zona empezó a florecer.

En Bobio, Columbano buscó un lugar donde retirarse en soledad. Así fue como encontró una gruta en el saliente de un acantilado, en un tranquilo valle cerca del monasterio. El tiempo que permaneció allí lo dedicó a echar la vista atrás y reflexionar sobre su vida: cuando jugaba con las palomas siendo un niño, cuando conoció a Wando en el monasterio, quien se convirtió en su amigo para toda la vida, y aquellos maravillosos años que pasó en Iona o el viaje a Staffa. También se acordó de cuando Colum-Cill profetizó su viaje a Franconia con doce hermanos, de hecho, había sido capaz de sentir su espíritu y conectar con él varias veces a lo largo de todo ese tiempo, y por supuesto, no podía olvidar aquel amanecer en pleno océano cuando vino a su mente la visión de San Miguel. Una de las cosas que más le había impresionado fue la construcción de la iglesia en memoria de San Martín de Turones. Todos ellos recuerdos que se



habían ido alojando en su memoria; el viaje por el Loira, la gente que se agolpaba para escuchar sus cantos y el mensaje de Cristo. Aún podía ver en su mente, el recuerdo nítido del rey Gontrán quien le cedió tierras para construir un monasterio; la tormenta que les dejó en la costa de Bretaña, cuando el destino jugó sus cartas y les llevó hasta el amparo del rey Teodoberto, las escenas de la travesía por el Mosela y el Rin... en definitiva, una vida de recuerdos, un trabajo bien hecho en Helvetia y en el lago de Constanza, parece que podía ver a su amado Gallus con el resto de hermanos, llevando su mensaje por todas aquellas tierras.

Tras esa reflexión Columbano se preguntó a sí mismo: *¿Debería haber ido antes a Roma para procurar la paz entre el Papa y los hermanos del sur, por nuestro común entendimiento de Cristo? Ahora soy viejo, y no tengo las fuerzas necesarias para esta última y gran tarea que me he propuesto. Seguiré trabajando por la profetizada “Filadelfia” del apóstol Juan en la vida posterior a la muerte... ¿llegará el día en que reine la paz y la oscuridad llegue a su fin?*

Un día compartió una de sus visiones con Attala mientras hablaban en privado. “Luxeuil y el monasterio han brillado en estos años, pero la abadía de Gallus seguirá brillando y será muy importante en un futuro. Cuando yo muera, vela porque todos aquellos que me acompañaron en este viaje a lo largo de toda mi vida, vayan con Gallus y reciban mi bendición.”



Sucedió un 25 de noviembre

Aquel año, noviembre fue un mes frío en Bobio. Una lámpara de aceite prendía en la celda de Columbano y Attala estaba a su lado leyendo un pergamino. Columbano estaba ya muy enfermo y dormía en su catre. De vez en cuando, Attala levantaba la mirada pendiente del rostro lívido de Columbano, podía sentir su respiración irregular, Attala sentía cómo Columbano se apagaba. De repente, este abrió los ojos y cuando vio a Attala a la luz de la lámpara, sonrió y señaló al aire con la mano derecha. Attala le apretó fuerte la mano, se arrodilló y le besó. Pudo sentir el calor de Columbano en sus manos.

Columbano habló con un tono de voz apenas audible. “Attala, tú serás el próximo abad en Bobio tras mi muerte, bajo el signo de la cruz celta. Mi amor te acompañará siempre.”

Attala dudó por un instante, ¿debería ir en busca de los otros hermanos? no quería soltar la mano de Columbano, cada vez más fría. En ese momento, una sensación de paz invadió la pequeña habitación, un último aliento, y Attala vio una luz brillante que flotó sobre él durante un instante. La luz invadió toda la celda y en una visión, Attala pudo ver cómo Columbano se alejaba hacia un mundo lleno de luz.

Casi en ese periodo de tiempo, alguien tocó la puerta con suavidad, era Wando que se acercó a Attala y le susurró: “¿Quieres descansar un rato?” Cuando vio que no recibía respuesta, Wando se dio cuenta de lo que había sucedido. Se arrodilló, apoyó la cabeza a los pies de la cama y en silencio, un terrible dolor se instaló en su alma.

En ese momento, desde la iglesia, se podía escuchar la canción de los monjes: *Exultate jubilate...* Sucedió el 25 de noviembre del año 615, Columbano murió en una fría noche de invierno.

En el silencio de la noche

(una antigua canción celta del poeta Oisín)

*Las estrellas resplandecen
En el silencio de la noche
Susurros secretos, murmullos parpadeantes
La oscuridad se desvanece, nos envuelve
Se escucha un eterno canto de hermanos
El cielo rebosa de nuevo con su canción
En el silencio de la noche.*

*El cielo sonríe cuando parpadeamos
En el silencio de la noche.
La madre Tierra nos saluda así
En el silencio de la noche.
Ya no habrá pena en la noche
Para todos aquellos que estén resguardados
Deja que nuestra luz brille
En el silencio de la noche.*

FIN

In Stiller Nacht

Keltisches Sternenlied nach Ossian



1. Klar und mild die Ster - ne schim - mern
Heim - lich flü - sternd raunt ihr Flim - mern



in stil - ler Nacht. Fin - ster - nis sinkt
in stil - ler Nacht.



hül - lend nie - der, Brü - der singt die



ew' - gen Lie - der, dass die Him - mel



klin - gen wie - der in stil - ler Nacht.

2. Himmel lächelt, wenn wir blinken in stiller Nacht.
Schwester Erde grüßend winket in stiller Nacht.
Nacht und Leid ist aller Enden.
Doch dem Menschen Trost zu spenden,
Lasst uns mildes Licht ihm senden in stiller Nacht.



Waldorf
PUBLICATIONS

38 Main Street
Chatham, NY 12037